
CIENCIA FICCIÓN
GERMEN
de MUERTE
LOUIS
G. MILK

Germen de muerte

LOUIS G. MILK

Germen de muerte

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

PORTADA: S. FABÁ

Depósito Legal B. 5832-1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráfica Tricolor - Eduardo Tubau. 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Kilbour tenía cierta fama de chiflado y excéntrico entre sus colegas. En el barrio donde vivía, la fama que había ganado se refería a otras actividades, muy distintas de las científicas, aunque no menos apasionantes.

En una ocasión, el doctor Kilbour presentó una comunicación a la Academia Mundial de Medicina y Cirugía. Los más benévolos se limitaron a decir que el Consejo se había limitado a devolver tal comunicación a su autor.

Otros, peor intencionados, dijeron que el secretario del Consejo había tirado a la cabeza del doctor Kilbour el grueso tomo en que estaba contenida su comunicación científica. Nadie logró ponerse de acuerdo sobre este extremo, aunque la verdad, tampoco importaba demasiado.

Lo cierto es que la comunicación fue rechazada con el calificativo de "Inaceptable". El doctor Kilbour tenía una lengua particularmente expedita y el calificativo menos agresivo que propinó a los componentes del Consejo Rector de la Academia fue el de "burros". También expresó serias dudas sobre la legitimidad de los nacimientos de quienes le echaban de tan contundente manera. Las frases que empleó —y que, por supuesto, espetó a la cara de los miembros del Consejo—, fueron de las que no se pueden transcribir.

Otro de los motivos de la fama del doctor Kilbour era su afición al estudio de la anatomía humana, en vivo, pero femenina. No lo podía remediar; era un mujeriego impenitente.

Por eso, cuando desapareció de su barrio, nadie lo echó en falta. Solía hacerlo de cuando en cuando. En cierto modo, se consideraba un combatiente de la ciencia y ya es sabido que los guerreros necesitan una determinada clase de descanso entre batalla y batalla.

La señora McIver, una vecina de lengua, larga, opinó que se había fugado con la señora Raynes, una joven pizpireta, de pelo rojo, cuyo marido se hallaba cumpliendo unos cuantos años de condena por robo. Joe, el encargado del bar denominado curiosamente "Las Dos Piernas de Plata", opinó que la señora Raynes era demasiado delgada para las aficiones anatómicas del doctor Kilbour.

Joe echaba las culpas a Peggy Pullsmith, una opulenta morena, supuestamente viuda, y cuya anatomía era muy digna de estudio por hombre tan enterado como el doctor Kilbour. Pero cuando Peggy apareció colgada del brazo de un naviero griego, las dudas sobre ella se disiparon en el acto.

En cambio subsistieron sobre el doctor Kilbour, cuyo paradero permaneció en el más absoluto misterio durante varias semanas, hasta que, de pronto, tan súbitamente como había desaparecido, se hizo visible y volvió a sus actividades habituales.

Más de uno, incluidos los policías que le habían buscado por todas partes, quisieron saber qué había hecho durante su ausencia.

Vano empeño. Kilbour no quiso hablar.

Murió muchos años después, llevándose a la tumba el secreto de su inexplicable ausencia.

Otro secreto que fue con él a la tumba fue el de su comunicación científica. Pero Kilbour murió tranquilo, porque sabía que un día los hombres se aprovecharían de su gran descubrimiento.

* * *

El joven que paseaba tranquilamente por la calle, desdeñando el concurso de la acera mecánica para su desplazamiento, se quedó inmóvil de repente.

La gente iba y venía a su alrededor sin concederle importancia. Al cabo de un rato, se le acercó un policía.

Diez minutos más tarde, una ambulancia se lo llevaba al Hospital General con toda clase de cuidados. El médico que lo asistió emitió un diagnóstico poco esperanzador:

— Fosilización en vivo.

Para una de las enfermeras, era su primer caso. Espeluznada por lo que estaba viendo, preguntó:

— ¿Vivirá mucho tempo, doctor?

El galeno se encogió de hombros.

— Es impredecible —respondió—, pero no más allá de una semana o diez días. Todo depende de la resistencia personal. Algunos han muerto en seis días, otros en el doble de tiempo... Más o menos, lo que tardaría una persona normal y corriente en morir de hambre y sed.

* * *

— La víctima queda de repente inmovilizada y todas sus funciones corporales se paralizan, salvo, inexplicablemente, la respiración y circulación sanguínea. El resto del cuerpo queda absolutamente inmóvil, como sí se hubiera convertido de repente en piedra, y de los análisis se han obtenido muestras con un elevado índice de sílice, lo que ha motivado el nombre de la enfermedad: fosilización. O si lo quieren ustedes menos

enfático y más llano: petrificación.

El Director Supremo hizo un gesto de asentimiento.

— Una explicación muy clara y agradablemente sucinta — calificó con voz mesurada —. ¿Se han tomado ya las medidas para atajar la epidemia? Porque, según mis noticias, debe calificarse de epidemia, ¿no es así, doctor Haaroll?

— El número de casos es mínimo hasta ahora — contestó el Director de Sanidad —. Pero empieza a ser preocupante.

— ¿No tienen salvación los afectados por la fosilización? — preguntó el Director de Orden.

— Todos han muerto hasta ahora, sorprendentemente, de hambre y de sed.

— Es extraño — comentó el Director Supremo —. Respiran y su corazón late. ¿No se les puede alimentar por vía venosa?

— El organismo rechaza los alimentos si se emplea ese método; y en cuanto a una alimentación por vía oral, aunque claro está, por medio de tubos, es inútil. Los alimentos se corrompen en el estómago y el agua queda también allí, sin pasar al filtro de los riñones.

— En tal caso, nos hallamos impotentes ante esa nueva enfermedad.

— Lamentablemente, así es — confesó el Director de Sanidad.

Alguien soltó una risita.

Era el Director de Transportes.

— Es maravilloso —dijo—. Estamos en el año dos mil setecientos veintidós y no sabemos combatir una enfermedad nueva. ¿Qué hay en los archivos de Sanidad sobre casos similares?

— Estamos en período de consultas — respondió Haaroll —. En cuanto sepamos algo, se comunicará a este Gabinete de Directores, para la adopción de medidas conducentes a atajar la epidemia.

— ¿Cree que puede aumentar el número de casos de petrificación, doctor Haaroll? —preguntó el Director de Alimentación.

Haaroll tomó unos papeles que tenía sobre la mesa.

— Según las estadísticas, los casos han ido aumentando ligeramente desde hace un año, en que se tuvo noticia de la primera víctima de la fosilización. El ritmo de aumento es de cero coma cero dos por mes, aproximadamente.

— Lo que significa un total de... ¿cuántos casos, doctor?

— Trescientos veintisiete hasta hoy.

El Director Supremo alzó una mano.

— Doctor Haaroll, usted ha dicho antes que se están consultando los archivos de Sanidad, para hallar posibles antecedentes sobre esta misteriosa enfermedad — dijo.

— Así es, señor; y confío en tener la respuesta dentro de unas

veinticuatro horas —respondió el Director de Sanidad.

* * *

— Las indagaciones llegan hasta el primer tercio del siglo XXI, en que un científico, el doctor Fred Kilbour, envió una comunicación a la Academia Mundial de Medicina, participando su descubrimiento del desequilibrio en la proporción de componentes de los cromosomas, en los que, por mutación, ciertas moléculas minerales contenidas en el organismo humano, se convertían en moléculas de silicio. La Academia rechazó la comunicación en la que, por otra parte, se explicaba una atrevida teoría para combatir la incipiente enfermedad. Eso es todo lo que se sabe por ahora respecto a la fosilización.

La máquina calló al terminar la grabación. El doctor Haaroll la escuchó con gesto preocupado, sin perderse una sola palabra.

— De modo que en el siglo XXI ya había alguien que predijo esta enfermedad —murmuró para sí—. ¿Cómo es que después no se ha vuelto a hablar más del tema, hasta pasados seiscientos años?

Tras unos segundos de vacilación, Haaroll alargó la mano, presionó un botón y dijo:

— Contacto audiovisual con el Director de Asuntos Temporales.

Momentos después, Haaroll tenía ante sí, en la pantalla, la redonda faz del Gtear Valdoo, Director de Asuntos Temporales.

—¿Puedo servirle en algo, doctor? — preguntó Valdoo.

— Si, amigo Valdoo. Deseo hablar unos momentos con usted.

—Muy bien, estoy a su disposición.

* * *

—Los motivos por los cuales no se divulgó el descubrimiento del doctor Kilbour no están suficientemente aclarados en la nota de Archivo —dijo Haaroll—. No obstante, a mi entender, quedaría justificada una expedición al pasado, con objeto de entrevistarse con el doctor Kilbour y obtener de esa entrevista las enseñanzas necesarias que nos permitan combatir con éxito cualquier caso de fosilización que pueda presentarse en lo sucesivo.

El Director Supremo volvió los ojos hacia Valdoo.

— ¿Está usted de acuerdo? — preguntó.

— Completamente, señor — respondió el interpelado.

Hubo una corta pausa de silencio.

Luego, el Director Supremo dijo:

— El enviado especial deberá tener sumo cuidado en no provocar alteraciones en las líneas del tiempo. Deberá limitarse exclusivamente a la entrevista con el doctor Kilbour y se llevará el material preciso para copiar la memoria que fue rechazada por aquella academia de ignorantes.

— Lo tendremos en cuenta, señor — aseguró Valdoo.

— ¿Ha elegido ya al mensajero? —preguntó el Director Supremo.

— Sí, señor. Es el Agente Temporal D. Z. 5.

CAPÍTULO II

Aquel día de abril del año 2347, Brad Sage regresaba muy satisfecho a su casa.

Había solicitado consejo a una computadora para contraer matrimonio. Era joven y tenía un buen empleo, pero estaba solo. Quería dejar la soledad.

La computadora le había dado la respuesta que esperaba: Nydia Graft era la mujer ideal para compartir con él la soledad.

La consulta le había costado un poco cara: doscientos cincuenta sextercios, pero valía la pena. Hacía mucho tiempo que estaba enamorado de Nydia y ella, creía, le correspondía.

Entró en casa y se dirigió al baño. El agua de la ducha, impregnada de un jabón especial, disolvió sus vestidos. Al terminar, varios chorros de aire caliente le secaron en pocos minutos.

Pasó al dormitorio y se vistió con ropas holgadas y cómodas. Luego se dispuso a elaborar el menú de la cena, con ayuda de la computadora de alimentos.

Entonces fue cuando llamaron a la puerta.

Sage miró extrañado en aquella dirección. No esperaba ninguna visita.

Al fin, tras unos segundos de duda, cruzó la sala y abrió.

Dos hombres aparecieron ante su vista. Eran jóvenes y no mal parecidos, si bien vestían de una manera un tanto extraña.

Sus ropajes, que más parecían uniformes, eran monos de color plateado, con vivos rojos. Sobre la cabeza llevaban un casco muy fino, del mismo tejido, rematado en una pequeña cresta roja, que no tendría más de un centímetro de altura.

En el lado izquierdo del pecho mostraban un círculo rojo, sobre el que se veía estampada la esfera de un reloj, sustituidas las cifras por sendas puntas de flecha que avanzaban hacia la periferia. Las manecillas marcaban una hora extraña: las dos y diez.

Sage arqueó las cejas.

— Ustedes dirán —habló.

— Perdón, caballero —dijo uno de los visitantes—. Me llamo Hoo-Tur. Mi compañero es Dan Klee. Sentimos mucho molestarlo, pero andamos buscando a una persona...

— Yo soy Brad Sage —sonrió el joven—. ¿Son ustedes de la policía?

— Hasta cierto punto — contestó Klee.

— Bien, si me dicen el nombre de esa persona, tal vez pueda ayudarles — contestó Sage.

“Quizá son investigadores privados de alguna nueva agencia”, pensó.

— Se llama Beatriz Or-Sheqqin —dijo el otro, de evidente ascendencia oriental, a juzgar por sus ojos oblicuos.

— Bea... —Sage movió la cabeza—. Lo siento, pero no tengo el gusto de conocer a dama tan encantadora.

— ¿Cómo sabe usted que es encantadora? — preguntó Klee vivamente.

— Luego es hermosa —sonrió Sage.

— Muy hermosa —corroboró Hoo-Tut.

— Para mí, todas las damas, cualquiera que sea su edad, son encantadoras —dijo el dueño de la casa—. Pero lo siento; insisto en que no tengo el gusto de conocer a Beatriz... ¿cómo ha dicho que se apellida?

— Or-Sheqqin —repitió Klee secamente.

— Es extraño —dijo su compañero—. Nuestro rastro nos lleva directamente a esta casa.

— ¿Qué rastro? —se asombró Sage.

— Usted no lo sabría comprender —masculló Klee—. Pero ella vino aquí...

— O ha tenido que venir — añadió el oriental.

Sage empezó a impacientarse.

— Les aseguro que jamás ha estado aquí esa señora — dijo—. Y, por favor, si tienen algún cargo oficial, enséñenme su documentación. Todavía hoy, en pleno siglo XXIV, es costumbre que los funcionarios públicos, cuando tienen que realizar alguna gestión relacionada con su cargo, enseñen sus credenciales.

Klee y Hoo-Tur se quedaron con la boca abierta.

— ¿Ha dicho siglo XXIV? — exclamaron al unísono.

— ¡Pues claro que sí! No iba a mencionar otro sigo, si vivimos precisamente en éste.

Klee lanzó una exclamación escasamente diplomática.

— ¡Atiza!

Lo que dijo Hoo-Tur fue mucho más gordo. Luego añadió:

— Nos hemos equivocado de época.

Sage se sentía atónito.

— Pero ¿qué están diciendo? — exclamó.

— Un momento — pidió Klee —. ¿Podría demostrarnos de algún modo la veracidad de su afirmación?

— ¿Me toman por loco? Pero eso que quiere es bien fácil de conceder. Venga aquí, señor Klee.

El hombre le siguió. Sage le señaló una mesita, donde se hallaba el teléfono con pantalla visora.

En la base del teléfono había un pequeño teclado, con cifras y algunas letras. Sage le indicó una de las teclas.

— Presione ahí —dijo—. Se encenderá una luz verde. Entonces, pregunte usted por la hora. Eso es todo.

Klee asintió. Cuando vio encenderse la luz, dijo:

— ¿Qué hora es, por favor?

— Son las dieciocho horas y doce minutos del día veintidós de abril de dos mil trescientos cuarenta y siete. Son las dieciocho horas...

Sage presionó la tecla de cierre de contacto y la voz se calló.

— ¿Convencidos, amigos? — preguntó.

Klee se volvió hacia su compañero.

— Hoo, aquí ha pasado algo raro. Nos hemos equivocado nada menos que en trescientos veintiún años.

Hoo-Tur dijo algo ininteligible. Luego exclamó:

— En ese caso, vámonos; ella no puede estar aquí.

— Sí, tienes razón. Adiós y dispense, señor Sage — se despidió Klee.

Los dos hombres se marcharon.

Sage cerró la puerta.

— Pero ¿qué clase de chifladura es la suya? Creen que están en otra época... Han dicho que se habían equivocado en más de trescientos años... pero ¿en qué consiste esa equivocación?

Como no podía resolver el misterio, se encogió de hombros y volvió a su interrumpida labor: preparar el menú de la cena.

* * *

Estaba terminando de cenar, cuando se oyeron los suaves tañidos de la campanilla del fonovisor. Sage se limpió los labios y se levantó de la mesa.

La pantalla se encendió al dar el contacto. Sage vio en ella el rostro de su buen amigo, Vic Láiz.

— Hola, Vic —saludó alegremente—. ¿Cómo te encuentras?

— Ah, estupendamente — contestó el otro, de la misma o aproximada edad que Sage —. Oye me gustaría hablar contigo de una cosa.

— ¿Aquí o en algún otro sitio?

— Brad, para qué están los fonovisores? — rió Láiz—. Se trata de la consulta que has hecho hoy sobre tu porvenir.

— Sí, ¿qué pasa, Vic?

— Parece ser que sientes una notable inclinación hacia Nydia Graft. ¿Me equivoco?

— En absoluto, Vic. Pero, ¿por qué me haces tantas preguntas? —dijo Sage, muy extrañado de la actitud de su amigo.

— Aguarda un poco, hombre —pidió Láiz—. De modo que te gusta Nydia y fuiste a consultar con una computadora.

— En efecto. La respuesta fue muy favorable, Vic.

— Sí, desde luego. ¿Cuánto te costó la consulta?

— Doscientos cincuenta sextercios, nada barato, Vic.

— Desde luego, si tenemos en cuenta que tu sueldo es de unos mil quinientos mensuales, ¿no?

— Aproximadamente, así es. Pero, Vic...

— Aguarda, todavía no he terminado — rogó Láiz —. Fuiste a una computadora privada.

— Claro, pero con autorización del gobierno. Es propiedad de Sahri Uttu-Ko, el hindú.

— Ya, ya —dijo Láiz con sorna—. De modo que Sahri Uttu-Ko.

— Sí, Vic — confirmó Sage, armándose de paciencia.

— Y la computadora dijo que la mujer ideal para ti es Nydia Graft.

— Sí, Vic.

— Imagino que Sahri Uttu-Ko te pediría datos de tu probable futura.

— Pues... sí, algunos; estatura, peso, edad, antecedentes clínicos, una fotografía estereoscópica, gustos, aficiones...

— Vamos, un *curriculum vitae* completo.

— Sí, Vic, así podría llamarse. Pero...

— ¡Espera, hombre; aún no he terminado! Sahri Uttu-Ko usa una computadora, ¿verdad?

— En la pared de la sala de consulta ví el diploma de autorización de uso de la computadora.

— Oh, claro que sí, por supuesto. Pero la computadora sustituye ahora hoy día a la bola de cristal.

Sage saltó en su asiento.

— ¿Qué quieres decir, Vic? — tronó.

— Antiguamente, los magos y adivinos usaban una bola de cristal para predecir el porvenir de sus clientes. Eran, siguen siéndolo, hábiles psicólogos y solían acertar en bastantes de sus predicciones, aunque también tenían sus fallos, no vayas a creer.

— ¿Adónde quieres ir a parar, Vic? — preguntó Sage con recelo.

— A veces, la adivinadora era gitana y la cliente una mujer, que escuchaba justamente lo que deseaba oír. Pagaba la consulta y se iba tan contenta. La predicción se cumplía o no pero la cliente había conseguido lo que deseaba, al menos por el momento.

Sage frunció el ceño.

— ¿Insinúas que Sahri me ha engañado? — masculló.

— Brad, abre los ojos. Para saber todo lo que el hindú te ha dicho, con la ayuda de su computadora, claro, ¿era necesario hacer esa consulta? ¿Es que no podías habérselo preguntado tú directamente a Nydia?

Hubo un momento de silencio.

Sage tenía la boca abierta. De pronto, exclamó:

— Hombre, yo creía que mi consulta influiría algo en Nydia...

— Pero, pedazo de tonto, ¿desde cuándo acá hay algo que pueda influir en el afecto de una mujer? Si Nydia te quiere, no te hace falta la computadora para nada; y si no te quiere, ya me dirás que efecto causará en ella la respuesta del artefacto manipulado por Sahri.

— ¿Insinúas que Sahri me ha estafado? — gritó Sage.

— Despierta, palomo — le apostrofó Láiz —. La computadora de hoy es la bola de cristal que Sahri habría usado cuatrocientos años antes. Con todos los datos de Nydia que le llevaste, con la cara que, seguramente, debías de poner cada vez que sonaba su nombre, en tu boca o en la de Sahri, ¿qué otra respuesta podías esperar sino la afirmativa?

Sage lanzó un rugido de ira.

— Entonces, ¡me ha estafado!

Láiz soltó una risita.

— Ya era hora de que te dieras cuenta, pedazo de tonto —contestó.

CAPÍTULO III

La comunicación se cortó. El irónico rostro de Vic Láiz desapareció de la pantalla.

Sage hervía de furor. Al cabo de unos momentos, se tranquilizó.

— Bien mirado, la culpa es mía y sólo mía, porque debí de...

Según los anuncios, las computadoras de consulta matrimonial eran punto menos que infalibles. Claro, Sage había consultado y le habían dicho que sí, que Nydia era la mujer ideal para él.

Pero, a todo esto, ¿qué decía Nydia?

Sage contaba con haberse presentado ante ella con la tarjeta respuesta de la computadora y haberla solicitado en matrimonio. Estaba seguro de que Nydia habría contestado en sentido afirmativo.

— Pero ahora me doy cuenta de que también podía preguntárselo sin necesidad de previa consulta...

Apretando los dientes, marcó una cifra. La atractiva cara de una joven de veintitantos años apareció en la pantalla.

— Hola, Brad — sonrió Nydia Graft —. ¿Cómo te encuentras?

— Bien —contestó el joven—. Nydia, deseo hacerte una pregunta.

— Sí, Brad — accedió ella.

— ¿Quieres ser mi esposa?

La respuesta de Nydia se demoró unos segundos.

— Lo siento, Brad —dijo al cabo.

Sage hizo un gesto de asentimiento.

— Me lo suponía —contestó.

— ¿Qué es lo que te suponías, Brad? — preguntó ella.

— Nada, no te preocupes. Mañana procura contemplar el telenoticiario de sucesos. Puede que publiquen la noticia de que a un estafador le han dejado la nariz completamente plana.

Sage cortó, la comunicación y sin más, se dirigió hacia la puerta del piso.

— Ahora va a ver ese estafador... —rezongó, mientras el ascensor le conducía a la planta baja, situada a cuarenta y seis pisos más abajo.

Minutos después, estaba en la calle. Eligió una cinta de transporte rápido y media hora más tarde se detenía ante la tapia que cercaba el jardín que rodeaba la lujosa residencia del gran mago Sahri Uttu-Ko.

Tocó el timbre. Un objetivo televisor escrutó su semblante. Un micrófono disimulado emitió una pregunta:

— ¿Qué desea, señor?

Sage pensó; “Espero que Sahri no adivine de veras el pensamiento; de

lo contrario, no me dejará entrar". Y alzó la voz para responder:

— Quiero hablar con el honorable Sahri Uttu-Ko. Es muy urgente.

La cancela de hierro se abrió en el acto. Sage procuró componer el gesto.

Momentos después, entraba en la casa. Le pareció ver al fondo del jardín una especie de cajón de vidrio y a una persona en sus inmediaciones, pero había poca luz y no prestó demasiada atención al suceso.

Un sujeto gigantesco, moreno de cuerpo, con turbante rojo y calzas del mismo color, única vestimenta que usaba, le salió al encuentro, saludándole con una gran reverencia.

— El infalible Sahri Uttu-Ko os espera, mi señor — dijo respetuosamente.

Sage contuvo una cáustica respuesta que ya tenía en la punta de la lengua. Acompañado por el sirviente, cruzó el vestíbulo, atravesó un salón, decorado con cortinas negras, consteladas de estrellas de plata y oro, y pasó a una amplia estancia, donde había dos hombres.

Uno de ellos era el mago, vestido con largos ropajes de seda adornados, con dibujos de flores y pájaros en oro. Su turbante era de tejido de oro.

El otro era un criado, de análogas proporciones físicas que el que le había recibido. Su vestimenta era asimismo idéntica.

Sahri juntó ambas manos y se inclinó:

— ¿En qué puedo servirte, mi señor? — preguntó en tono humilde.

— Hoy estuve en tu consulta, Sahri —dijo el visitante.

— Lo recuerdo a la perfección. Jamás olvido a uno solo de mis clientes. Tú me hiciste una consulta sobre tu futuro matrimonial con la bella Gladys McCaine.

Sage lanzó una risita.

— Con que Gladys... como se llame, ¿eh? —La tarjeta respuesta cayó sobre la mesa—. ¡Estafador! La mujer sobre la que yo consulté se llama Nydia Graft y me ha dado calabazas.

Sahri se quedó aturdido.

— Pero... pero...

— ¡Ladrón! — le apostrofó Sage —. Eres un miserable embaucador, con licencia del gobierno para estafar a los incautos. Pero a mí no me estafarás, porque ahora mismo...

Los nervios de Sage saltaron. Su puño derecho se disparó y fue a parar justamente donde había vaticinado.

Sahri lanzó un aullido de dolor y cayó sentado junto al teclado de consulta de la computadora. Los criados se quedaron un momento aturdidos.

La nariz de Sahri arrojaba ríos de sangre. Pero todo esto no había dejado satisfecho a Sage.

Agarró una silla y quiso arrojarla sobre el teclado de la máquina. Sahri lanzó un aullido:

— ¡Parad a ese loco, imbéciles!

Uno de los gigantes se lanzó sobre Sage. El joven le rompió la silla en la cabeza y el individuo se tambaleó, pero no cayó.

Sage comprendió que el turbante había atenuado buena parte de la fuerza del golpe, además de que el criado poseía una gran resistencia física. El otro sirviente se dispuso a arrojarse sobre él y Sage comprendió que iba a recibir la gran paliza.

De repente, se oyó una voz femenina:

— ¿Quieren decirme, por favor, dónde está esa maldita máquina que ha alterado los instrumentos de propulsión de mi traslator temporal?

* * *

La pelea, que apenas se había iniciado, se detuvo al sonar la voz de la mujer. Los cuatro se volvieron simultáneamente hacia la puerta.

Hubo un momento de asombro. Parada en el umbral había una hermosa joven, de buena estatura, pelo negro y cuerpo de raras perfecciones anatómicas.

El vestido de la joven era, pensó Sage, un tanto estrambótico, y consistía en un corpiño que no era sino dos semiesferas de metal dorado, unidas por delgados hilos del mismo material, y en algo que no se sabía bien si era una faldita cortísima o unos breves pantaloncitos del mismo color que el corpiño.

En torno al esbelto talle llevaba un ancho cinturón negro, del que pendía algo que parecía la funda de una pistola. Como calzado llevaba unas botas de piel muy blanda, que le llegaban a la mitad de la pantorrilla. El pelo estaba peinado en una complicada pirámide que, no obstante, le confería una atractiva apariencia.

El pie derecho de la joven golpeó el suelo con impaciencia.

— ¿Y bien? ¿No me contestan nada?

Sahri se puso en pie, con un pañuelo delante de la cara.

— ¿Quién es usted? — gruñó.

— Mi nombre es... Pero eso no importa ahora — contestó la joven—. ¿Dónde está la computadora?

— ¿Por qué lo pregunta, señorita? — quiso saber Sage.

— Ya lo he dicho antes: hay una computadora deficientemente aislada y ha causado graves perjuicios en mi aparato...

La mano izquierda Sage se movió.

— Allí tiene la computadora, señorita — indicó —. No me extraña lo que dice — añadió —, porque es un aparato que ha sido manipulado

previamente para obtener las respuestas que se desean recibir y no las que se deben facilitar realmente.

— ¡Eso es mentira! — aulló Sahri.

— ¡Cállese, estafador del diablo! —le apostrofó Sage. Se volvió hacia la joven—: Señorita, si usted me acompaña, presentaré una denuncia contra este ladrón y embaucador, y le aseguro que irá a parar a la cárcel para una buena temporada.

La joven entornó sus párpados.

— De modo que la máquina ha sido manipulada — dijo.

— Estoy absolutamente seguro —contestó Sage con rotundo énfasis.

— Eso explica las alteraciones que he sufrido en mi aparato — murmuró la joven pensativamente.

— Cuando usted entró, yo me disponía a destrozar esa máquina. De ese modo, ese bandido no podrá seguir estafando más a los incautos.

— Mis consultas son siempre verídicas —protestó el hindú.

— ¡Y un cuerno! — gritó Sage —. A ver, una silla, que yo me cargo esa maldita silla...

— No hará falta, amigo — cortó la muchacha, a la vez que echaba mano a la funda que pendía de su cinturón—. Yo tengo algo mucho mejor que la silla que pide.

Sahri lanzó un bramido.

— ¡No les dejéis marcharse de aquí! ¡Nos denunciarán y el negocio se irá al diablo!

— ¿Lo ve usted, señorita? — sonrió Sage, satisfecho porque las palabras de Sahri confirmaban sus acusaciones.

Uno de los criados se lanzó sobre el joven. Sage respondió con una patada a la rodilla que le hizo prorrumpir en aullidos, a la vez que daba saltos sobre un solo pie en torno a la habitación.

En la mano de la muchacha apareció una especie de lápiz muy grueso, del que brotó un rayo de luz, dirigido rectamente al teclado. Un enorme chispazo surgió en el acto de la máquina.

Sahri estaba ebrio de furor. El otro criado trató de lanzarse sobre Sage, pero la joven le apuntó con aquel lápiz y una fuerza invisible lo despidió hacia atrás con gran violencia.

— Vámonos ya, amigo —dijo la morena.

— Inmediatamente — accedió Sage.

Violentos chispazos, seguidos de tremendos ruidos, salían de la máquina. Sahri se tiraba literalmente de los pelos.

— No les dejéis escapar —aullaba una y otra vez.

Pero la joven lanzó sendas descargas con aquel lápiz y Sahri y el otro criado fueron derribados al suelo, con los pies por alto.

Olía a goma y aislantes quemados y el humo se hacía cada vez más

espeso. Sage y la morena abandonaron la casa a la carrera.

Ella le condujo hacia la parte posterior del jardín.

— Venga por aquí, tengo mi máquina y nos llevará rápidamente lejos de este lugar.

Sage accedió sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía. Antes de que pudiera darse cuenta, se encontró sentado en un cómodo sillón, frente a un complicadísimo tablero de mandos y en el interior de una cúpula de cristal de dimensiones suficientes para contenerlos a ambos sin agobios de espacio.

La chica empezó a manipular en el tablero de mandos.

— ¡Ah! —dijo él de pronto—. Por cierto, no me he presentado, señorita. Me llamo Sage, Brad Sage.

— Yo soy Beatriz Or-Sheqqin —dijo ella.

CAPÍTULO IV

Sage la miró estupefacto.

— Beatriz...

— Or-Sheqqin —corroboró la joven.

— ¡Qué casualidad! — exclamó Sage.

— ¿Por qué dice que es una casualidad? — preguntó Beatriz, sin quitar la vista del tablero de mandos.

De repente, presionó un botón y todo cuanto les rodeaba desapareció en el acto.

Sage se alarmó.

— ¿Eh, adónde vamos? — preguntó.

— Lejos de aquí, naturalmente. ¿No se ha dado cuenta de que nos hemos metido en un apuro?

— ¿Cuál de los dos? ¿Usted o yo? — contestó Sage—. Porque si se refiere a mí, estoy seguro de que ese embaucador no se atreverá a denunciarme por lo que le he hecho. Usted ya es otra cosa, Beatriz.

— Temo que no me ha comprendió bien, Brad — dijo ella—. Lo siento, pero yo creí que quería huir también de aquellos extraños sujetos.

— Hasta cierto punto, claro. Pero hasta ahora no me ha dicho adónde vamos — insistió él.

La mirada de la hermosa muchacha estaba fija en los instrumentos del aparato, en donde se veían aparecer y desaparecer cifras a velocidad de vértigo. Sage, por su parte, intentó mirar a través del cristal, sin conseguir ver nada que no fuera una impenetrable oscuridad, aunque no en negro, sino más bien en un color grisáceo oscuro de extrañas y hasta siniestras tonalidades.

— Brad, antes dijo que estimaba una afortunada casualidad haberse encontrado conmigo —habló ella de repente.

— Sí, lo dije y lo sostengo, Beatriz.

— ¿Puedo saber por qué?

— Primero tiene que decirme a dónde vamos. No me gusta este vehículo; no se mueve, no se oye ningún ruido, no se ve el paisaje... ¿Quiere explicármelo, Beatriz?

— ¿Se cree preparado para saber la verdad? — preguntó ella:

— ¡Que si...! ¡Oiga, soy un hombre del siglo XXIV! — protestó Sage.

— Con que el siglo XXIV —murmuró Beatriz—. Ya me parecía a mí... Brad, estoy buscando el modo de llegar al siglo XXI.

Sage pegó un salto en el asiento.

— ¡Eso es imposible! — gritó.

— ¿De dónde se cree que procedo yo? Vengo del siglo XXVIII, Brad.

Sage se pasó una mano por la cara.

— Voy a volverme loco —masculló.

— Es muy probable — admitió Beatriz con naturalidad —. En su siglo no se habían inventado todavía los traslatores temporales, tempomóviles, cronomóviles o máquinas del tiempo, como más le guste denominar a estos artefactos.

— Y nosotros estamos viajando ahora a través de las edades.

— Sí...

— Pero..., Beatriz, ¿a qué vamos al siglo XXI?

— Necesito encontrar a un científico, aunque ya se lo explicaré más adelante. — Ella hizo un gesto de contrariedad —. Me parece que el encuentro con esa computadora "arreglada" ha estropeado algunos de los circuitos de mi máquina.

Sage se preguntó si soñaba.

Pero no, estaba despierto y bien despierto, en pleno uso de sus facultades mentales. Y junto a él, había una hermosa joven, que aseguraba estaban viajando en una máquina capaz de moverse a través del tiempo.

— Bueno, supongamos que el aparato esté averiado — dijo—. ¿Cómo piensa repararlo?

— Eso es lo que estoy tratando de averiguar — respondió Beatriz —. La computadora de averías envía unas señales muy defectuosas. Esperemos un poco, Brad, ¿no le parece?

Él se encogió de hombros.

— Usted es el piloto —dijo.

— Gracias. Brad, antes habló de casualidad. Explíqueme, por favor.

— Se lo diré claramente. Hoy mismo... ¿o pasó hace mil años? — preguntó Sage de repente.

Beatriz le dirigió una cálida sonrisa.

— Pongamos que es hoy —dijo—. Pero siga, por favor.

— Bueno, esta tarde vinieron dos tipos preguntando por usted. A mi casa, claro. Les dije que no la conocía a usted y se mostraron muy sorprendidos, especialmente cuando se enteraron de la fecha.

— Interesante, — murmuró Beatriz —. Siga, Brad.

— Eso es todo. Vieron que usted no estaba en mi casa, comprobaron su error, se sorprendieron mucho de la fecha y se marcharon, diciendo que se habían equivocado en trescientos y pico de años.

Ella arrugó el entrecejo.

—Quizá no dijeron sus nombres —apuntó.

— Pues sí, se presentaron con toda cortesía. Se llamaban Hoo-Tur y Dan Klee.

— ¡Ellos! —exclamó Beatriz, con una evidente expresión de susto en

su cara.

— ¿Cómo? ¿Los conoce usted?

— Demasiado, Brad —respondió la joven en tono sombrío.

* * *

Un súbito chispazo iluminó de repente la cabina. La luz fue tan intensa que, durante unos instantes, Sage se vio obligado a tener los ojos cerrados.

La voz de Beatriz sonó con acentos llenos de desánimo.

— Me parece que me he equivocado otra vez —dijo.

Sage abrió los ojos. El sol lucia con fuerza en lo alto y alumbraba con vivo resplandor el claro de la selva en que se hallaban. No lejos de aquel lugar corría un arroyo de frescas aguas.

— ¿Se... ha equivocado? —repitió Sage.

Ella hizo un silencioso gesto de asentimiento.

— Pero, ¿en dónde estamos, Beatriz? —exclamó Sage, quien cada vez se sentía más desconcertado.

— ¡Bueno, no podría asegurarlo rotundamente, pero yo diría que nos hallamos a unos once o doce mil años antes del siglo primero de nuestra Era!

Sage se estremeció.

— ¡Estamos en la Prehistoria!

— Casi seguro, Brad.

— Pero, bueno, ¿qué es lo que ha pasado? ¿No ha dicho antes que íbamos al siglo XXI?

— Sí, pero el analizador de líneas temporales no funciona correctamente. Tengo la sensación de que actúa a un ritmo demasiado vivo, lo que nos ha enviado a esta época.

— El hombre se hallaba entonces en estado primitivo y pintaba en las cavernas —dijo Sage lentamente—. Había muchas fieras...

— Todo eso lo sé, Brad —dijo Beatriz—. Pero ahora lo que importa es salir de aquí.

— ¿Cómo se abre la puerta de este cacharro? — preguntó él.

— No sea tonto, hombre; yo me refería a volver, por lo menos, a mi época.

— ¿Y yo? ¿Tendré que irme con usted? Mal que bien, estaba contento en el siglo XXIV.

Beatriz sonrió ligeramente.

— Ya arreglaremos este asunto —contestó—. Pero primero tengo que desmontar, para examinarlo a fondo el A. L. T.

—¿Eh? —dijo él, asombrado.

—Analizador de Líneas Temporales —tradujo Beatriz.

Pulsó una tecla y dos puertas se abrieron simultáneamente a ambos lados del aparato.

— Ya puede salir, pero no se aleje demasiado — indicó.

Sage puso los pies en el suelo.

— La verdad, no me parece cierto hallarme a once o doce mil años de mi época —dijo.

— Las transformaciones de la superficie terrestre no se operan en un espacio de tiempo tan corto. Otra cosa sería si hubiese pasado un millón de años, Brad.

Sage se estremeció.

— ¡Brrr...! No me diga cosas así; se me ponen los pelos de punta — exclamó —. ¿Puedo ayudarla en algo, Beatriz?

—No lo creo —respondió ella con tono indiferente.

— Entonces, si no le importa, me iré a dar un paseíto por ahí.

— Aguarde un momento, Brad. Antes habló de dos hombres que preguntaban por mí.

— Sí, y ya le he dicho sus nombres...

— ¿Añadieron alguna cosa más? Trate de recordar lo que hablaron, por favor —rogó la joven.

Sage meneó la cabeza.

— En síntesis, ya sabe todo lo que pasó —repuso —. Dijeron que se habían equivocado en trescientos años y pico y se fueron.

Beatriz parecía muy preocupada.

— Están buscándome —dijo.

— Oiga, ¿acaso es usted una fugitiva de la justicia?

— Por supuesto que no. Pero me encomendaron una misión y tanto Hoo-Tur como Klee tratan de impedirlo.

— Esa misión se refiere a lo que dijo antes, buscar a un científico del siglo XXI, ¿no es así?

— Cierto, Brad. Fue el primer hombre que mencionó la enfermedad que ahora se ha desarrollado en nuestra época con inusitada virulencia y necesitamos su consejo y sus documentos para combatirla.

— Vaya —dijo él chanceramente—, me extraña mucho que gentes del siglo XXVIII necesiten del asesoramiento de un hombre de seiscientos años antes.

— Resulta humillante para nosotros, en efecto — admitió la joven—, pero no por ello vamos a dejar de intentar todo para combatir la enfermedad.

—Eso es lógico. Ahora bien, lo que yo no entiendo es por qué la buscan a usted aquellos dos tipos.

Beatriz suspiró.

— Ya le dije que quieren impedirme que busque a ese científico — contestó —. Pero lo que no acabo de comprender del todo son los motivos que les impulsan a obrar así.

— Un momento — dijo Sage —. ¿Actúan por sí o por mandato de otro?

Beatriz dudó un momento.

— No sabría contestarle con seguridad —dijo.

— Entonces, ¿por qué no los buscamos nosotros?

Ella sonrió.

— ¿Me ayudaría usted, Brad?

Sage levantó los hombros.

— Puesto que ya no vivo en mi época, ¿que más me da ir a otra edad cualquiera? — respondió.

— Está bien, consideraré su oferta, Brad. De momento, voy a ver si encuentro la avería en el A. L. T.

— Y yo voy a hacer otra cosa, de menos importancia, pero acaso más interesante.

— ¿Cuál, Brad?

— Buscar comida, Beatriz.

CAPÍTULO V

Sage encontró un manzano silvestre, con frutas sumamente sabrosas. De momento, se dijo, era suficiente; si tenían que permanecer anclados por más tiempo en la Prehistoria, tendría que fabricarse armas.

Cuando volvió junto al aparato, vio a Beatriz enfrascada en el trabajo. La joven había extendido en el suelo una manta de tejido muy suave y tenía sobre ella algunas piezas del aparato.

— ¿Ha encontrado comida? — preguntó.

— Manzanas silvestres. Pruébelas.

Beatriz hizo un gesto de desagrado.

— ¿Cómo? ¿No le gusta la fruta? — se asombró él.

— No hay garantías de que esté esterilizada, Brad.

— Y teme alguna infección, no es cierto?

— Sí, Brad.

Sage hizo un gesto con la cabeza.

— No tiene usted espíritu de náufrago —dijo—. Porque como tengamos que quedamos aquí mucho tiempo, no sé qué es lo que va a comer, si todo lo quiere esterilizado.

— En mi época...

— En su época deben de vivir demasiado adelantados, pero ni ello ha sido suficiente para encontrar el medio de curar una enfermedad ya descubierta seis siglos antes.

— No sea mordaz — rogó ella —. La cuestión es diferente.

— Bien, como guste. ¿Qué tal va su trabajo?

Beatriz hizo un gesto de desaliento.

— No creo poder terminar hoy —comentó.

— He visto gran cantidad de peces en el arroyo. ¿No le sobraría algún trozo de alambre y una cuerdecita? Así tendría un anzuelo para pescar y, por lo menos, mañana, comeríamos pescado asado.

— Sin... sin...

— El fuego lo esteriliza todo —contestó él en tono malhumorado —. Y los jugos gástricos hacen el resto, sobre todo, en esta época, no contaminada aún por nuestra maldita civilización.

Beatriz se levantó, buscó un poco en el interior de la cabina y acabó dándole los objetos pedidos.

— Mañana habrá pesca — aseguró él.

El día concluyó sin que Beatriz hubiera hecho progresos apreciables. Los sillones eran cómodos y en ellos pasaron una noche sin ningún incidente, pese a que en más de una ocasión les despertaron los rugidos de

fieras que debían de merodear por la selva en busca de su alimento.

Al amanecer, Sage se dedicó a la búsqueda de cebo para su anzuelo. Tres horas más tarde, había pescado un par de hermosas truchas, de más de dos kilos cada una.

Buscó ramas secas y encendió una hoguera. Luego preparó un asador con una rama verde, larga y recta, y dos más que colocó verticalmente en el suelo.

Beatriz le miraba con asombro.

— Es usted un hombre de recursos —dijo.

— Eso lo hace el hambre que tengo — rió él —. Comeremos sin sal, pero al menos, llenaremos el estómago.

Preparó unas cuantas hojas de árbol, de gran tamaño, sobre las que puso las truchas, una vez asadas. Beatriz contempló la comida con cierta aprensión.

— Dígame, cuándo viajan en su máquina del tiempo, ¿no se llevan provisiones? — preguntó él.

— No, porque, ordinariamente, los viajes son muy cortos y siempre comemos en los lugares adonde viajamos.

— Sin preocuparse de que los alimentos estén o no esterilizados.

— Raramente viajamos a épocas de escasa o nula civilización, Brad.

— Eso lo explica todo. ¿Qué, no se anima a probar el asado de trucha?

Beatriz vaciló. Sage le entregó una hoja con algunos trozos de pescado, que despedían un apetitoso olor.

— Vamos, anímese —sonrió él.

La joven acabó por comer. Al terminar, le dirigió una cálida sonrisa.

— Aún sin sal, estaba exquisito — confesó.

— ¿Lo ve? —dijo él alegremente—. La lástima es no haber podido disponer de un poco de sal; nos habría sabido mucho mejor y...

— Espere un momento, Brad —dijo Beatriz de pronto.

Entró en la cabina y salió a poco tiempo con una caja de forma cuadrada con un asa en la parte superior, y del tamaño de un maletín de viaje.

—Con esto podrá encontrar sal —dijo.

— ¿Cómo? — respingó Sage.

— Es un extractor-analizador de minerales — explicó Beatriz—. Vea, en la parte superior hay un pequeño teclado...

Minutos más tarde, Sage conocía ya el manejo del artefacto.

— ¡Qué cosas hacen en el siglo XXVIII! — dijo, pasmado—. Pero al menos, esto nos servirá para echar sal en nuestro próximo menú.

— ¿Ya lo ha elegido? — sonrió Beatriz.

— Sí. Pierna asada... de cordero, de venado o de algo por el estilo.

— ¿Y cómo piensa matar a su presa, Brad?

— Me construiré una lanza con una rama recta. Tengo un cortaplumas en el bolsillo y es todo lo que necesito.

Beatriz suspiró.

— Falta nos hará disponer de comida — dijo —. Temo que la reparación de la avería va a durar más de lo que yo misma pensaba.

Sage se lo tomó con filosofía.

— Me veo curtiendo pieles para sustituir a las ropas que llevamos, cuando se nos caigan a pedazos — exclamó.

* * *

Tres días más tarde, todo seguía igual.

— Me siento desalentada — confesó Beatriz.

— ¿No ha encontrado aún la avería? — preguntó Sage.

— He revisado cuatro veces el A. L. T., sin encontrar nada de particular. No sé qué es lo que puede provocar semejante alteración en su ritmo de traslación temporal.

Sage frunció el ceño.

— Usted dice que el funcionamiento de la computadora manipulada provocó la avería, ¿no es eso?

— Sí. De algún modo, emitía ondas de potencia superior a lo normal y éstas fueron las que influyeron en mi máquina.

— Lo cual significa que el A. L. T. no está convenientemente aislado contra interferencias, Beatriz.

Ella le miró con asombro.

— ¿Cómo puede asegurarlo? — exclamó —. Es un mecanismo perfectísimo...

— Sí, como, un amigo que tenía yo con el aspecto de un Apolo y las fuerzas de Hércules. Pero no se podía leer el periódico en su presencia, por que agarraba unos constipados de órdago, sólo con el viento que se hacía al volver las hojas del diario.

— No sea exagerado, Brad —dijo Beatriz, un tanto enojada.

— La comparación surge inevitablemente — contestó Sage—. Ese A. L. T. es demasiado delicado y conviene aislarlo de toda interferencia exterior.

Beatriz se quedó muy preocupada durante unos instantes.

— Lo malo —dijo al cabo—, es que no sé cómo hacerlo.

— ¿Tiene usted hilo de cobre entre los repuestos? — preguntó Sage.

— Sí, claro...

— Tráigalo.

— Un momento, Brad — exclamó Beatriz —. ¿Trata de decirme que es usted capaz de aislar el A. L. T.?

Sage sonrió.

— Todavía no se le ha ocurrido preguntarme cuál es mi profesión —dijo.

— ¿Y bien? ¿Por qué no me lo dice ahora?

— Soy ingeniero electrónico, Beatriz. Y ya que lo sabe, traiga ese hilo de cobre, mientras yo preparo el resto del material con el que construir el aislador de interferencia.

— ¿Qué clase de material va a emplear, Brad?

— Madera —respondió él sin titubear.

Beatriz quiso decir algo, pero Sage se había levantado ya y caminaba hacia el bosque cercano, en donde sabía abundaban las ramas desprendidas naturalmente de los árboles.

* * *

Beatriz contempló con asombro el artilugio ideado por Sage y que consistía en una jaula cúbica hecha de ramas redondas, rectas y desbastadas posteriormente con la navajita, a fin de que quedasen de unas dimensiones muy similares. La jaula tenía unos treinta centímetros de lado y cada una de sus caras estaba formada por una red de hilo de cobre entrecruzados, de manera que constituían un espeso entramado, en cuyo interior se hallaba el aparato averiado.

— ¿Cree que... “eso” funcionará? —preguntó ella con gesto dubitativo.

— Una cosa es segura: evitará las interferencias externas — declaró Sage sin titubear —. El resto depende ya del A.L.T.

— Está bien, vamos a montarlo.

Beatriz se aplicó a realizar las últimas conexiones. De repente, se oyó a espaldas de la pareja un atronador rugido.

Sage se volvió. Creyó que se le helaba la sangre en las venas.

— ¡Cielos! —fue todo lo que pudo decir.

— ¿Qué es eso, Brad? Yo no puedo abandonar ahora mi trabajo...

— Un tigre diente de sable, para el cual, mi navaja, es menos que un mondadientes para un chiquillo de dos años.

El tigre estaba a veinticinco o treinta metros, agitando lentamente la cola. Era un animal de excepcional tamaño, de cuyas fauces sobresalían dos espantables colmillos, de más de veinte centímetros de longitud, de donde procedía el sobrenombre. Aquel animal, pensó Sage, abultaba el doble de los tigres corrientes que aún se conservaban en los zoológicos.

— Saca mi tubo de defensa — indicó ella, sin abandonar el trabajo —. El cuarto botón, Bard.

Sage alargó la mano y tiró de aquel extraño tubo, que ya había visto funcionar una vez en casa de Sahri Uttu-Ko. Puso el pulgar en el cuarto

botón y, en el mismo momento, el gigantesco felino, sin duda hambriento, se lanzó a la carga.

La yema del pulgar hizo presión sobre el botón. El resultado fue sorprendente.

Una fuerza invisible derribó al tigre, que rodó por tierra, lanzando espantosos rugidos. Al cabo de unos segundos, no obstante, rehaciéndose, cargó de nuevo.

Sage lanzó otra de aquellas invisibles descargas. El tigre estaba en pleno salto y fue elevado todavía un par de metros más en el aire, para caer luego a diez pasos atrás del lugar donde había iniciado el salto.

El animal estaba furioso y desconcertado. Sage decidió hacer una prueba y lo acorraló con rápidas y repetidas descargas, que lo hacían rodar por tierra incesantemente. Al fin, el tigre, aterrado, emprendió una poco honorable retirada, sin dejar de lanzar sonoros rugidos de protesta.

— Cualquiera diría que me acusa de haber jugado sucio —dijo Sage riendo al observar la actitud de la fiera—. Beatriz, ¿qué clase de descargas emite este cacharro?

— Columnas de aire comprimido a altísima presión y de una sección de medio palmo, más o menos — contestó ella —. Por supuesto, es inofensiva a más de treinta o cuarenta metros de distancia.

— Sí, pero más cerca, es capaz de tumbar a un elefante. Beatriz, yo recuerdo que la primera vez que usaste el tubo no fue aire precisamente lo que disparaste.

— No — admitió ella —; fue una descarga de electricidad radiante, en forma de energía pura. Eso sí es mortal, instantáneamente mortal — puntualizó la joven.

Sage se estremeció.

— Lo cual significa que en vuestra época también habéis inventado armas capaces de matar —dijo.

— Yo no soy la culpable —se defendió Beatriz. De pronto se incorporó —: Listo. ¿Vamos a probarlo, Brad?

— No tengo inconveniente, pero ¿adónde vamos?

— A mi época — respondió ella.

— Beatriz, que yo soy del siglo XXIV — advirtió Sage.

— Tal como están las cosas, no me atrevo a hacer una parada intermedia, sin que antes haya comprobado el buen funcionamiento de tu aparato — contestó la joven —. Después, sí, haré que te devuelvan a tu tiempo.

Sage hizo un gesto de resignación.

— Siendo así, no hay más que objetar —aceptó la decisión de Beatriz.

CAPÍTULO VI

Desde la ventana de su alojamiento, Sage contempló con aire pensativo el panorama que se ofrecía a sus miradas. Salvo algunos edificios de indiscutible mérito artístico por su antigüedad, todo lo demás era completamente nuevo para él.

La urbe había cambiado radicalmente en cuatrocientos años. Se había extendido mucho más, pero habían desaparecido los edificios de gran altura. Había muy pocos que sobrepasaran los diez pisos y las calles y avenidas, en general, eran de gran amplitud.

Había árboles y jardines por todas partes. En la superficie, funcionaban las aceras deslizantes, como cuatro siglos antes; el transporte rápido se efectuaba en el subsuelo, en túneles excavados a distintos niveles.

La gente, en general, parecía amable y pacífica. La indumentaria era sobria y práctica, aunque no dejaban de verse prendas de vivos colores. Para Sage, uno de los espectáculos más atrayentes era el paso de hermosas muchachas, en cuya indumentaria no entraba mucho más tejido que el que solía usar Beatriz.

— Una época magnífica para vivir en ella —comentó para sí.

De repente, vio que se detenía un vehículo frente a la casa, casi justamente al pie de la ventana en que se hallaba.

Era un aeromóvil de forma ahusada y color blanco, en cuyos costados y techo había pintadas sendas cruces rojas.

Sage frunció el ceño; los siglos pasaban, pero la Cruz Roja seguía funcionando. ¿Había algún enfermo en las inmediaciones?

Dos hombres, vestidos de blanco, saltaron del aparato y entraron en la casa. Sage no concedió mayor importancia al incidente. Había visto muchas ambulancias cuatrocientos años antes.

De pronto, oyó el zumbador del videófono.

Abandonó la ventana y se acercó al aparato. Dio el contacto.

La cara de Beatriz apareció inmediatamente en la pantalla. Sage se dio cuenta de que la joven estaba dominada por la angustia.

— ¡Brad! —gritó ella—. ¡Ven, pronto; estoy en peligro!

Sage se puso rígido.

— Dame tu dirección, Beatriz — pidió.

Una mano apareció de repente en la pantalla, tapando la boca de la joven. Los ojos de Beatriz expresaron un vivo terror.

Otra mano cerró el contacto y la imagen se esfumó en el acto. Antes de que ello sucediera, sin embargo, Sage pudo darse cuenta de que el sujeto que había cortado la palabra a Beatriz usaba ropajes blancos.

De pronto, oyó que llamaban a la puerta.

Corrió a abrir. Dos hombres vestidos de blanco aparecieron ante sus ojos.

— ¿Es usted Brad Sage? — preguntó uno de ellos.

— Así me llamo —confirmó el joven—, pero ahora habrán de permitirme que no les atienda; tengo mucha prisa.

— Nosotros también la tenemos —declaró el individuo fríamente.

Un oscuro sentimiento de alarma nació de pronto en el ánimo de Sage. Al ver a los dos sujetos de blanco, comprendió inmediatamente lo que le había sucedido a Beatriz.

— Vienen a buscarme — adivinó.

— Exactamente — corroboró el mismo que había hablado.

Sage retrocedió un par de pasos.

— Bien, entren — invitó.

Los dos supuestos enfermeros cruzaron el umbral. Uno de ellos cerró la puerta.

Casi en el mismo instante Sage disparó su puño derecho. El primer enfermero puso los ojos en blanco y se desplomó en el acto.

El otro se quedó parado. Sage arremetió contra él con la cabeza gacha, proyectándola contra la pared.

El individuo cayó gritando. Sage ya no se entretuvo más y abrió la puerta.

De pronto, se quedó parado.

¿Dónde estaba Beatriz?

Porque si no sabía su paradero, ¿cómo intentar el rescate?

Aquellos segundos de indecisión le resultaron fatales. De súbito, sintió un pinchazo en el hombro izquierdo, a la altura de la paletilla.

Algo parecido a un río de fuego corrió velozmente por sus venas. Un intenso vértigo le acometió y todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

Sage creyó hallarse en el centro de un torbellino multicolor, que giraba a gran velocidad. Giró rapidísimamente hacia el vértice, que era negro, y cuando lo alcanzó, dejó de ver y de oír.

* * *

Despertó más tarde, sin saber cuánto tiempo había pasado.

Abrió los ojos. Un ligero olor a desinfectante hirió su pituitaria.

Sage pudo darse cuenta de que estaba tendido sobre un lecho de no demasiada blandura, vestido únicamente con un pantalón corto, blanco, y con algunos artefactos pegados a distintas partes de su cuerpo por medio de trozos de cinta adhesiva.

Intentó moverse. No pudo.

Sólo podía respirar y abrir y cerrar los párpados. Pero ni siquiera pudo emitir el menor sonido.

Sin embargo, oyó voces en la estancia donde se hallaba.

— Buena labor —dijo alguien.

— Están los dos — contestó otro hombre —. El forastero se resistió; es un sujeto que sabe luchar.

— Viene de un siglo bárbaro, donde todavía se aplicaba la fuerza —dijo el primero en tono despectivo—. Lo siento por él; se ha mezclado en un asunto que no le concernía.

— Temo que suceda algo, señor. Si este hombre vino del siglo XXIV, su ausencia, ¿no provocará alteraciones temporales en el nuestro?

— No, no ocurrirá nada de lo que usted teme, doctor Gránor. Estaba soltero y no tenía familia. Por otra parte, era un número más entre los miles de millones que había en aquella época.

— A pesar de todo, no me siento demasiado tranquilo — insistió Gránor.

— Repito que no debe preocuparse, doctor. Lo que sí me preocupa a mí son los efectos de su droga.

— Respecto a eso, no hay cuidado, señor. La apariencia de los dos pacientes es la misma que la de cualquier afectado por la petrificación. Y ya es sabido que todo enfermo de petrificación muere irremisiblemente por hambre y sed.

Sage sintió que se le ponían los pelos de punta.

"¡Conque eso es lo que quieren hacer con nosotros! ", pensó, aterrado.

Probó a moverse. Imposible.

El doctor Gránor tenía razón; su droga le confería una inmovilidad absoluta.

— Esto es lo mejor —dijo el hombre que había hablado primero —. Todos creerán que han muerto por petrificación. Cualquier otro procedimiento habría resultado sospechoso.

— Sí, señor.

— Bien, yo me voy. Téngame al corriente de cualquier novedad que se produzca, doctor Gránor... pero procure que no haya ninguna novedad.

— Váyase tranquilo, señor.

Sage oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Luego vio una cara que se inclinaba sobre él.

El doctor Gránor sonrió.

— Lo siento —dijo—, pero puedo asegurarle que será una muerte plácida y sin dolor.

"¡Váyase al cuerno!", contestó Sage, naturalmente, con el pensamiento, puesto que no podía hablar.

Gránor soltó una risita. Sage supo así que había adivinado lo que pensaba. Luego, la cara del médico asesino desapareció de sus ojos.

* * *

Sage trató de reflexionar sobre la crítica situación en que se hallaba.

Por supuesto, conocía el proceso de la enfermedad de petrificación. Beatriz le había contado ya algo.

Los enfermos morían de hambre y sed, porque la porción del sistema nervioso del gran simpático que regulaba las funciones digestivas, quedaba paralizada, no así el sector encargado de la circulación sanguínea y la respiración.

Ellos estaban en la misma situación, sólo que provocada artificialmente. Era una catalepsia originada por un agente externo, la droga que les había administrado el criminal doctor Gránor.

Por cierto, ¿estaba Beatriz en la misma habitación?

Era imposible saberlo; ni siquiera podía mover la cabeza a un lado para comprobarlo. ¿No habría algún modo de salir de aquella situación?

Le resultaba incomprensible lo que sucedía. Parecía como si alguien tuviera interés en que la terrible enfermedad no fuese curada. Pero ¿por qué?

Pasaron varias horas

Gránor volvió y le puso una inyección. Por sus movimientos, Sage supo que Beatriz se hallaba en la misma estancia.

La inmovilidad absoluta continuaba. Una y otra vez, Sabe probó a moverse, pero no consiguió ningún resultado positivo.

Empezó a tener miedo. Moriría de hambre y sed, sin poder evitarlo, sintiéndose desfallecer minuto a minuto, impotente para eludir aquella horrible suerte.

Gránor vino otra vez más. A Sage le hubiera gustado saltarle al cuello y estrangularlo allí mismo.

Recibió una nueva inyección. Sin embargo, vio que Gránor aparecía un tanto preocupado. Pudo notar que le tomaba el pulso y que examinaba atentamente los instrumentos que tenía adosados al cuerpo.

Gránor se marchó precipitadamente. A Sage le extrañó la actitud del galeno.

"¿Qué pasará?", se preguntó.

Sentíase un tanto nervioso e impaciente. Sus dedos tamborilearon sin ruido en la cama.

— A ese tipo le voy a dar yo...

Un sudor frío inundó su frente de repente.

¡Movía los dedos!

¡Y había oído su voz!

Hizo un esfuerzo y levantó un poco la mano izquierda.

Casi lanzó un aullido de júbilo.

Los efectos de la droga desaparecían. Ahora comprendía la actitud preocupada del criminal médico.

Inspiró con fuerza. Aquello era mucho más que respirar automáticamente, sin intervención alguna de su voluntad.

Lentamente, levantó la mano derecha y se despegó del pecho dos o tres pedazos de cinta adhesiva, que sujetaban sendas agujas hincadas bajo la piel. Sage las arrancó de sendos tirones, lanzando a un lado las gomas a las cuales estaban unidas.

Hizo un esfuerzo y se sentó. Todavía tenía una aguja clavada en el brazo izquierdo y se la arrancó también.

La habitación dio vueltas a su alrededor. Al cabo de unos minutos, se le pasó el mareo y pudo abandonar la cama.

Tenía las piernas muy flojas y tuvo que dejar pasar algún tiempo antes de poder moverse con cierta libertad. Volvió la cabeza y vio que los ojos de Beatriz le contemplaban ansiosamente.

Se acercó a la cama donde estaba la joven y le arrancó las cuatro o cinco agujas que tenía insertadas en el tórax y brazos.

— Ten paciencia — dijo, aunque sabía que ella no podía contestarle—. Pronto podrás moverte.

Beatriz parpadeó para darle a entender que le había oído. Sage buscó algo de comida por la habitación.

Lo único que vio fue una mesita auxiliar con algunos instrumentos médicos, entre ellos, unas tijeras de buenas dimensiones.

— El hierro es indigesto — masculló.

Y, en aquel momento, se abrió la puerta y entró el doctor Gránor.

CAPÍTULO VII

Gránor traía en las manos una bandejita con instrumentos para colocar inyecciones, así como un par de ampollas de droga. Dio dos pasos y se detuvo en seco al ver vacía la cama ocupada por el joven.

— Estoy aquí, “matasanos”.

Gránor giró en redondo. En el mismo instante, una mano lo agarró por la pechera de la blusa, al mismo tiempo que otra dirigía las afiladas puntas de las tijeras a su cuello.

— Doctor, una sola voz y le degüello aquí mismo — amenazó Sage con voz de duros tonos —. ¿Me ha entendido?

La cara de Gránor estaba gris. La bandeja que tenía en las manos resbaló de pronto y cayó al suelo.

Gránor no se atrevía a moverse. Sage tiró de él y lo acercó a la cama de Beatriz.

— Doctor, su droga cataléptica debe de tener, sin duda, un antídoto — dijo —. Quiero que se lo aplique a la señorita Or-Sheqqin.

— No... no lo tengo aquí... —tartamudeó Gránor, lívido de miedo.

— ¿Quiere que le llene el cuello de hierro? ¡El antídoto, pronto! — rugió Sage.

— E... está bien... Se lo pondré... pero suélteme...

Sage varió ligeramente su posición. Agarró a Gránor por la nuca, mientras que ahora aplicaba las puntas de las tijeras contra el lado izquierdo de su pecho.

— Si empujo a fondo, le atravesaré el corazón — anunció.

Gránor se movió a pequeños pasitos hacia la mesa del instrumental y eligió una pistola de inyecciones, que cargó con el contenido de una ampolla situada en la misma bandeja. Luego, siempre vigilado de cerca por el joven, se acercó a la cama de Beatriz.

— Recuerde, doctor —dijo Sage, cuando Gránor se disponía a inyectar el antídoto —; su vida depende de lo que le haga a ella.

— Desaparecerá la catalepsia — aseguró Gránor.

— Mejor para usted, doctor.

* * *

Un cuarto de hora más tarde, Beatriz se sentó en la cama. Sus movimientos eran aún torpes, pero podía hablar.

— Es maravilloso —dijo—. ¿Cómo pudiste reaccionar, Brad?

— Quizás el doctor Gránor pueda decirnos algo al respecto —contestó el joven.

— Su régimen alimenticio — masculló el galeno —. Es muy distinto del nuestro y ello ha influido en los efectos de la droga.

Sage se echó a reír.

— Por eso se le notaba preocupado, ¿no es cierto? Usted adivinó que la droga cataléptica ya no actuaba sobre mí como al principio y, sin duda, se fue a preparar una dosis de mayor potencia. ¿Me equivoco?

— Es verdad —reconoció Gránor de mala gana—. Su organismo se habituaba ya y, con la misma dosis, a los dos días, ya no le habría causado ningún efecto.

— Estupendo —dijo el joven—. Beatriz, ¿sabes que estuvo aquí un tipo que parecía ser el instigador de nuestra situación?

— No le vi —contestó ella—. Yo estaba dormida.

— Gránor le trataba con mucho respeto. Debía de ser un pez gordo.

— ¿Quién era? — preguntó Beatriz.

Gránor remoloneó. Las tijeras se acercaron de nuevo a su cuello.

— ¡Conteste! — exigió el joven.

— Manzi Uldon —dijo al fin Gránor.

— ¡Uldon! — repitió Beatriz, atónita.

— ¿Lo conoces? —preguntó Sage.

— Sí, es el secretario general del Consejo de Directores.

— ¿Qué organismo es ese, Beatriz?

— Podríamos llamarlo el Gabinete de ministros, que gobierna nuestro planeta. Hay un secretario general, sin rango de Director, pero con carácter ejecutivo.

— Vamos, una especie de supervisor.

— Sí, más o menos. No obstante, estoy segura de que Uldon no ha actuado por sí mismo.

— Eso significa que actúa e instigación de otra persona.

— Yo así lo calificaría —concordó Beatriz—. Pero quizá el doctor pueda facilitarnos más detalles.

— Lo siento —respondió el aludido—. No sé nada más.

Sage frunció el ceño.

— Sin embargo, y aunque usted haya actuado instigado por Uldon, es de suponer que no lo ha hecho sin la perspectiva de alguna ganancia. ¿Qué esperaba conseguir con nuestras muertes?

Gránor calló. Haciendo un esfuerzo, Beatriz pudo ponerse en pie.

— Está claro —dijo—. Gránor tiene ambiciones políticas.

Sage arqueó las cejas.

— ¿Sólo por eso? — se extrañó.

La joven sonrió.

— Pregúntele qué beneficios obtendría Gránor si pudiese ocupar, por ejemplo, el sillón de Director de Sanidad del planeta — indicó.

— Vamos, hable, matasanos.

— No diré ni una sola palabra más —respondió Gránor hoscamente.

— Tampoco me interesa demasiado —dijo Sage—. Ya me imagino que no actuó por altruismo, pero se va a quedar con un palmo de narices. —Soltó una risita y añadió —: Tuvo usted mala suerte al encontrarse con un tipo del siglo XXIV, doctor.

Se llenó los pulmones de aire y levantó la vista.

— No me gusta este hospital; la falta de higiene es espantosa. ¡Pero si hay moscas en el techo!

Gránor picó. El puño derecho de Sage se movió con tremendo ímpetu.

Un cuerpo humano rodó por tierra. Sage se volvió hacia Beatriz y sonrió alegremente.

— Todavía me conservo en forma —dijo—, Pero no podemos marcharnos del hospital así, con tan poca ropa.

La indumentaria de Beatriz era análoga, salvo que llevaba sujetador. Pero ella no carecía de iniciativa y señaló el interfono, a la vez que daba instrucciones a Sage.

El joven asintió. Momentos después, decía:

— Enfermera de turno, preséntese en la habitación ciento once.

Pasaron algunos minutos. La puerta se abrió y una joven, vestida con un mono blanco, entró en el cuarto.

El puño de Sage entró nuevamente en funciones. La enfermera se desplomó redonda, sin saber siquiera qué había ocurrido.

Sage se apropió de las ropas del doctor Gránor. Beatriz desvistió a la enfermera y se puso su mono blanco y su cofia.

En el instante en que se disponían a salir, Sage decidió tomar precauciones.

—Beatriz, convendría retrasar cuanto antes el descubrimiento de nuestra fuga —sugirió.

— Tienes razón — contestó ella.

Momentos después, aplicaba sendas inyecciones narcóticas al médico y a la enfermera. Sage encontró en la bata de Gránor algo que enseñó en alto.

— Ese “matasanos”, y nunca mejor aplicada la frase, cerraba con llave siempre que entraba en nuestro cuarto.

— Ahora puedes tú hacer lo mismo — indicó Beatriz.

Salieron del cuarto que había estado a punto de servirles de cámara de ejecuciones. El hospital era enorme y a nadie le extrañó los blancos uniformes que llevaba la pareja.

— ¿Tardarán mucho en darse cuenta de nuestra fuga? — preguntó Sage, cuando ya se disponían a abandonar el hospital.

— Por lo visto, y al menos en nuestro caso, Gránor actuaba de manera bastante independiente, de modo que no les extrañará demasiado que tarde en dar señales de vida. Para cuando quieran advertirlo, nosotros ya nos habremos escabullido.

— ¿Adónde, Beatriz?

— Al siglo XXI, por supuesto.

Caminaban ya a buen paso por la calle. Sage se quedó pensativo unos momentos.

— De modo que insistes en ir a ese siglo — dijo, al cabo.

— Sí. Debo cumplir mi misión por encima de todo — respondió Beatriz con firme acento.

— Pero hay una conjura...

— No es cosa que pueda llevarse a cabo en pocos días — alegó la joven —. En nuestra época, la gente sigue muriendo por fosilización y evitar la propagación de la epidemia es cosa mucho más urgente que una intriga palaciega.

— Será todo lo palaciega que tú quieras, pero hemos estado a punto de dejarnos el pellejo en el asunto — refunfuñó Sage.

Minutos más tarde, entraban en un subterráneo. Tomaron una cinta de traslación rápida y, un cuarto de hora después, ascendían a la superficie, a treinta kilómetros del hospital.

A corta distancia había una explanada, con agradables jardines de dibujos geométricos. En el centro se divisaba un gran edificio blanco, resplandeciente, de forma cupular.

— Ahí tienes la Dirección de Viajes Temporales — señaló Beatriz.

* * *

Pasaron el control automático de la entrada, tras repetir ella las cifras que les habían sido asignadas a su vuelta del siglo XXIV. Luego, Beatriz, con paso elástico, guió a Sage a través de unos pasillos de grandes dimensiones, hasta llegar a una puerta señalada con el rótulo de VESTUARIO.

— ¿Para qué entramos ahí? — preguntó él.

— Cuando se emprenden expediciones a épocas pasadas, es preciso utilizar los ropajes adecuados —explicó ella —. No podemos ir vestidos de médico y enfermera, claro.

Beatriz pronunció de nuevo las cifras y la puerta se abrió por sí sola.

— ¿Es que no hay vigilantes aquí? — preguntó él, asombrado.

— ¿Para qué? ¿Quién va a querer llevarse un aparato que sabe no podrá manejar, si no tiene previamente una cifra asignada?

— Eso no lo dirás por Hoo-Tur ni por Klee, ¿verdad?

Beatriz se mordió los labios, mientras hurgaba en un largo ropero.

—Si emplearon un tempomóvil, fue porque alguien les asignó sus cifras mediante falsedad —contestó—. Pero ambos saben el riesgo que corren por utilizar el aparato ilegalmente.

— ¿Cuál es la pena, Beatriz?

— Lanzamiento a cincuenta mil años en el futuro, Brad.

Sage se estremeció.

— ¿Qué hay en el año cincuenta y dos mil setecientos? — preguntó.

— ¿Lo sabe alguien? Nadie que ha ido a esa época ha vuelto para contarlo, Brad — respondió ella, mientras sacaba del vestuario las ropas que creía adecuadas para el próximo viaje al pasado.

Sage movió la cabeza.

— No se puede decir que en el siglo XXVIII sean los jueces mucho más compasivos que en otras épocas — comentó,

De pronto vio algo que llamó su atención. Alargó la mano y sacó dos chaquetones con forro de piel.

— ¿Para qué quieres eso? — preguntó Beatriz.

— Nunca se sabe el tiempo que puede hacer cuando lleguemos — contestó él sentenciosamente.

Beatriz se encogió de hombros. Pasó a un cuarto contiguo y se cambió de ropa rápidamente.

Sage se puso un traje de una sola pieza, de tejido muy liviano y color gris plateado. Momentos después, Beatriz se reunía con él.

— Vamos —dijo.

Abandonaron el vestuario. Un ascensor les llevó a una habitación situada en plena cúpula, tres plantas más arriba.

Había allí una máquina del tiempo, solitaria, en el centro de la estancia, cuyo techo, de forma semiesférica, era translúcido y dejaba pasar la luz, aunque no permitía ver el exterior. Beatriz se acomodó en su asiento y empezó a manipular en los mandos del cronomóvil.

— Ya lo tenía todo listo, cuando me raptaron —explicó—. Iba a llamarte a ti y en aquel momento entraron mis raptores.

Sage lanzó un suspiro.

— Con todos estos jaleos, me estoy temiendo que alguien se nos habrá anticipado y a estas horas, el doctor Kilbour no será sino un fiambre —se lamentó.

— Es posible que sí, pero, en todo caso, tendríamos un recurso para solucionar el problema.

— ¿Cuál, por favor?

— Rectificar las líneas temporales y llegar antes que sus asesinos — contestó la joven.

Un segundo después, presionaba el botón de arranque y la máquina se lanzaba a un vertiginoso viaje a través de las edades.

CAPÍTULO VIII

La oscuridad se disipó gradualmente hasta convertirse en una luz lechosa, que parecía proceder de todas partes y de ninguna. El cielo era completamente gris y daba la sensación de estar cubierto por una inmensa nube de infinita lisura.

Sage abrió la boca.

— ¡Rayos! ¿Esto era el siglo XXI? — exclamó.

Beatriz no dijo nada.

La máquina se hallaba parada en una playa guijarrosa, que se extendía hasta perderse de vista. Olas lentas, calmosas, sin espumas, de un mar gris azul, de aspecto más bien tétrico, batían la playa con escaso ruido.

Sage abrió la portezuela de su lado. Una racha de viento fresco y escasamente agradable al olfato, le dio en la cara.

— Beatriz, ¿estás segura de que hemos llegado al siglo XXI? — preguntó.

Ella parecía muy desconcertada.

— Yo diría que sí, Brad —contestó.

— ¡Hum! — dudó él —. Por las noticias que yo tengo, la Tierra, en esta época, no tenía un aspecto tan miserable.

Saltó al suelo. No había el menor indicio de vegetación, ni siquiera crecían hierbas entre los guijarros.

A cien metros del lugar donde se hallaban, vieron algunos árboles muertos, descortezados, apenas poco más que los troncos desnudos y sin hojas. La playa parecía constituir toda la tierra firme, hasta el horizonte, en todos los sentidos.

La temperatura era asimismo bastante baja. Sage se felicitó de haber traído consigo los chaquetones. Se puso el suyo y dio unos cuantos pasos por las inmediaciones.

— Beatriz, aquí no se advierten indicios de vida de ninguna clase — dijo—. Esto es imposible; el siglo XXI estaba demasiado industrializado para que no haya señales de civilización. Podría caber tal cosa en un área desierta situada tierra adentro, pero nunca a la orilla del mar, ¿comprendes?

Ella salió también del aparato, poniéndose el chaquetón.

— No sé qué decirte, Brad — contestó —. Yo misma me siento muy desconcertada...

— ¿Marcaste bien las cifras de la época a la que querías viajar?

— Sí, claro. Míralo tú mismo, por favor.

Sage se acercó al aparato y contempló el cuadro de instrumentos. En el indicador de fechas, vio la que ella había señalado: 9 de abril de 2. 026.

— Esto no puede ser —dijo—. Aquí pasa algo raro, Beatriz.

Se acercó a los árboles. De pronto, se detuvo, fuertemente impresionado.

— ¿Qué ocurre? — preguntó ella.

— No te acerques, por favor.

Pero era ya tarde. Beatriz lanzó un grito de susto, al ver el esqueleto humano que yacía al pie de los árboles.

— Aquí ha habido vida —dijo Sage cuando se hubieron recobrado de la macabra sorpresa.

Beatriz meneó la cabeza.

— No —contestó, a la vez que, venciendo su repugnancia, se arrodillaba junto al esqueleto, cuyas ropas estaban convertidas en harapos —, nadie puede vivir en esta época.

— ¿Cómo? — gritó Sage.

Beatriz se incorporó, enseñando con la mano derecha un disco de metal, en el que había grabadas unas inscripciones.

— Perteneció a Junius Erphram, investigador temporal castigado a destierro de su época, por uso indebido de las máquinas del tiempo — manifestó.

Sage sintió como si le arrojaran por la espalda un chorro de agua fría.

— Eso significa que estamos... en el siglo DXXVIII... — dijo con voz entrecortada.

— Justamente, en el año cincuenta y dos mil setecientos veintidós — puntualizó la muchacha.

* * *

Una ráfaga de viento silbó en tono lúgubre, causándoles escalofríos. Sage se sintió muy turbado al pensar que habían llegado a una época en que la Tierra se había convertido en un astro completamente muerto.

— Ni siquiera se ven el sol o las estrellas... —murmuró.

A Beatriz, en cambio, parecía preocuparle otra cosa.

— El marcador de fechas falsea las indicaciones — dijo de pronto—. Voy a comprobarlo.

Beatriz dio media vuelta y echó a correr hacia la máquina. Se sentó en su puesto, aflojó con los dedos un par de tomillos y luego tiró hacia afuera de un bloque con todo el aspecto de un receptor de radio de regulares dimensiones.

En el mismo momento, brotó del hueco un vivísimo chispazo. Beatriz lanzó un grito y cayó desvanecida en su asiento.

Sage lanzó un juramento, mientras veía temblar el aparato e incluso

difuminarse ligeramente sus contornos. Pero aquella sensación duró muy poco y todo volvió a la normalidad rápidamente.

Salvo Beatriz, que continuaba desvanecida.

Sage la tomó en brazos y la sacó al exterior. Pronto comprobó que se trataba de un simple desvanecimiento.

Buscó en el departamento de equipajes y halló una bolsa de socorro, en la que encontró un vaso. Se acercó a la orilla, lo llenó de agua de mar y roció la cara de la joven hasta conseguir que recobrase el conocimiento.

— Parece que ha sucedido algo poco agradable — dijo ella minutos después.

— Has estado a punto de morir electrocutada — contestó él.

Beatriz le pidió una mano y se sentó en el suelo.

— Algo hay de eso, pero no es del todo exacto — corrigió.

— Bueno, ya me explicarás lo que ha pasado —dijo Sage, impaciente.

— Es bien sencillo. Quisieron llevarse el cronomóvil a su punto de partida.

— ¿Cómo?

— Lo que oyes. Un cronomóvil puede desplazarse en el tiempo con gente a bordo y luego se le puede hacer regresar por telemando. Es lo que se hace cuando se destierra a alguien.

— Un modelo de justicia del año dos mil setecientos veintidós —dijo Sage, cáusticamente—. ¿Qué delito hemos cometido nosotros para que nos destierren al siglo DXXVIII?

— Ninguno, salvo resultar antipáticos a Uldon y a su jefe.

— Estoy viendo que no voy a poder sentir agradecimiento hacia ti por haberme sacado de mi época — refunfuñó el joven—. Bien, ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Quedarnos para siempre en el año cincuenta y dos mil?

— No, hombre, por fortuna, hemos tenido suerte. Anda, dame la mano.

Beatriz se puso en pie.

— Nos hubiéramos quedado aquí, de no habérseme ocurrido a mí extraer el marcador de fechas — añadió, mientras regresaba a la máquina —. Lo hice en el momento en que se recibía el impulso telemandado de regreso y la chispa que saltó fue la que me hizo perder el conocimiento.

— Ya punto estuvo de hacerte perder la vida.

Beatriz ocupó de nuevo su sillón.

— Habría sucedido, si no hubiese desconectado ya el marcador — contestó —. Por favor, ahí detrás hay una caja con herramientas. Esta vez no quise viajar desprevenida.

— Siempre se adquiere experiencia en los viajes — dijo Sage irónicamente— Pero no se te habrá ocurrido traer armas.

— ¿Quién te lo ha dicho? — sonrió Beatriz, mientras ponía la caja de

herramientas sobre sus rodillas —. Mira en el compartimento lateral izquierdo y encontrarás dos proyectores como el que ya usaste una vez.

— Menos mal que se te ocurrió tomar precauciones. Pero ¿cómo han podido enviarnos a esta época?

Beatriz lanzó de pronto una exclamación.

— ¡Me lo suponía! —dijo.

— ¿Qué pasa? —preguntó él.

— El marcador de fechas no corresponde a la máquina. Las numeraciones son distintas, Brad.

— Eso significa que el número de un marcador y el de la máquina en la que se usa tienen que ser iguales.

— Sí. Es cuestión más bien burocrática, ya que todos los marcadores y todos los tempomóviles son iguales. Pero cambiar un marcador previamente alterado es cuestión de un minuto y eso es lo que hicieron en nuestro caso, Brad.

— El tipo disponía de poco tiempo, ¿eh?

— Imagínate. Por eso no tocó siquiera las herramientas ni los otros objetos que yo había colocado previamente en la máquina.

Beatriz hablaba mientras manipulaba en el marcador con un destornillador. Levantó la tapa y examinó las ruedecitas en las que aparecían los números con los que se componían las fechas.

— Sí, aquí está el error —murmuró—. Yo marqué el nueve de abril de dos mil veintiséis, pero la máquina fue lanzada al año cincuenta y dos mil. En el visor de fechas, aparecía una fecha, mientras que en el interior, era otra la que actuaba sobre los mecanismos de traslación temporal.

— ¿Crees que podrás arreglarlo? — preguntó Sage en tono aprensivo.

— Conociendo la avería, es cuestión de un par de minutos —respondió ella alegremente.

* * *

El cronomóvil se materializo en un frondoso parque, con gran abundancia de plantas y árboles. Se oían voces y risas de niños que correteaban por los senderos enarenados.

— Salta, pronto —dijo Beatriz.

Sage se apeó. Ella saltó también y se colgó del cuello algo parecido a un medallón de contorno ovalado. Tocó el medallón y el aparato desapareció.

— ¿Qué has hecho? — preguntó él.

— No quiero que nadie encuentre el tempomóvil — manifestó ella —. Por el control remoto, lo he enviado a varios años al pasado, cuando no

había parque ni jardines en estos lugares.

— Sana precaución — aprobó Sage —. ¿Adónde vamos ahora?

— A buscar al doctor Kilbour, naturalmente.

— Conocerás su dirección, me imagino.

— Supones bien — corroboró ella —. Pero alguien buscará su casa por nosotros.

Caminaron tranquilamente, como unos paseantes que desearan disfrutar del buen tiempo en el parque, hasta encontrar la salida. Una vez en el exterior, Beatriz entregó unos papeles a Sage.

— ¿Qué es esto? —preguntó el joven.

— Moneda de la época y del país en que estamos — explicó ella —. El nombre de la moneda es libra esterlina y el país, Gran Bretaña.

— Entonces, esto debe ser Londres en el siglo XXI.

— Exactamente.

Un vehículo de cuatro ruedas, movido por energía eléctrica, y que a Sage se le antojó tremendamente anticuado, pasó cerca de ellos. Beatriz agitó la mano y el coche se detuvo.

— Sube, Brad —invitó.

— Tú primero, claro — sonrió Sage.

Entraron en el coche. Beatriz dijo:

— Por favor, Green Pine Place, doscientos diez.

— Sí, señora — contestó el taxista.

— Allí vive el doctor Kilbour —añadió ella, dirigiéndose a Sage.

— Muy bien —sonrió él—. Ahora sólo falta que Kilbour quiera venirse con nosotros.

— Accederá, no te quepa la menor duda —respondió Beatriz, confiadamente.

CAPÍTULO IX

El taxi se detuvo treinta minutos más tarde. Sage abonó el precio de la carrera y abandonó el vehículo.

Beatriz le siguió en el acto. Los dos contemplaron la casita, con un pequeño jardín, frente a la cual se había parado el taxi.

El edificio era más bien modesto y carecía de pretensiones, aunque se veía cuidado. Las ventanas estaban cerradas, lo mismo que la puerta.

Sage abrió la puertecita de la valla que circundaba el jardín y se echó a un lado para que pasara Beatriz. Luego caminaron juntos hasta la casa.

Al lado de la puerta, protegida por una pequeña marquesina, en tejadillo, se veía una cadena. Sage tiró de la anilla y en el interior de la casa se oyó una campanilla.

Nadie contestó a sus llamadas. Sage insistió una y otra vez, con análogo resultado.

— Puesto que es un científico, quizá esté en sus clases en la Universidad o en el laboratorio — sugirió, en vista del fracaso.

— Es posible —admitió la joven, con acento de duda.

— ¿A qué Universidad pertenecía él, Beatriz?

— No lo sé, Brad.

— ¿Qué? ¡Vaya unos informes que te dieron para encontrar a tu presa! —se escandalizó Sage—. ¿Sólo te indicaron su domicilio?

— Así es, Brad.

— Se ve que en vuestra época no tenéis muchos conocimientos del pasado. Debieran de haberte dado más datos sobre el doctor...

— ¿Buscan ustedes al doctor Kilbour? — preguntó alguien, de pronto.

Los dos jóvenes se volvieron. Asomando por el seto que separaba el jardín de Kilbour del contiguo, se veía a un hombre en mangas de camisa, con sombrero y tijeras de podador.

— Pues, sí, en efecto, buscamos al doctor Kilbour — admitió Sage.

El hombre hizo un gesto con la cabeza.

—Dudo mucho de que lo encuentren —dijo, con acento pesimista —. Perdonen, no me he presentado. Soy Thomas Ball.

— Encantado, señor Ball. Yo soy Brad Sage. Le presento a la señorita Beatriz Or-Sheqqin —dijo el joven.

— ¿Cómo está, señor Ball? — saludó Beatriz, cortésmente.

Ball hizo una inclinación de cabeza. Luego insistió:

— El doctor no está en casa y no creo que lo encuentren aquí.

— ¿Podría, al menos, decirnos, dónde hallarlo? —preguntó Sage.

El vecino sonrió.

—Es un poco... estrambótico, por calificarlo de alguna manera — respondió —. Le gusta divertirse mucho. Yo les aconsejaría que preguntasen en el "Arabian Nights". Sobre todo, pregunten por Lyla Pevney.

— "Arabian Nights", Lyla Pevney —repitió Sage, para memorizar el informe del cortés vecino.

— Así es — corroboró Ball —. Y, créanme, el local tiene merecido el nombre. Lo que allí ocurre a partir de determinadas horas de la madrugada son auténticas noches de Arabia.

Sage sonrió.

— Es usted muy amable, señor Ball. Imagino que Lyla Pevney debe de ser alguna artista de ese local.

— Cualquier chica guapa que haya perdido el sentido de la decencia, puede hacer lo que hace Lyla Pevney — dijo Ball, cáusticamente—. Y usted dispense la manera de señalar, señorita.

Beatriz entornó los ojos.

— Cualquiera diría que es usted un asiduo del "Arabian Nights", señor Ball —habló con acento cortante.

Sage agarró el brazo de la joven.

— Será mejor que nos vayamos —propuso—. De todas formas, ha sido usted muy amable, señor Ball.

— Fue un placer —aseguró el servicial individuo—. Lo mismo dije a otros extranjeros que vinieron hace rato.

Beatriz se puso rígida.

— ¿Ha dicho extranjeros, señor Ball?

— Tenían un acento algo extraño, como ustedes dos — respondió el vecino—. Por eso dije que eran extranjeros.

— El acento de un británico de hoy es muy distinto del que hablará otro dentro de trescientos o seiscientos años —dijo Sage entre dientes. Y levantó la voz—: ¿Podría describirnos a esos extranjeros, señor Ball?

— Con mucho gusto. Uno de ellos tenía aspecto de oriental...

— Hoo-Tur —murmuró Beatriz.

—... y el otro —siguió Ball—, era joven, robusto, con barbita negra y cara tostada, aunque no de raza negra.

— Dan Klee. Le gustan mucho los baños de sol.

— Mil gracias, señor Ball —se despidió Sage.

— Ha sido un placer — aseguró el vecino servicial.

Sage y Beatriz alcanzaron la acera. Sage consultó su reloj.

— Aún es de día —dijo—. Faltan algunas horas para que nuestra presa aparezca por el ''Arabian Nights".

— Pero no está en casa y no creo que pase todo el tiempo en ese local nocturno — alegó Beatriz —. Si supiéramos dónde está, podríamos

adelantarnos tal vez a los otros dos.

Sage se mordió los labios.

— Recuerda lo que dijo el señor Ball —contestó—. Kilbour es un tipo al que le gusta divertirse. Parece ser que anda loco por Lyla Pevney. Por tanto, es muy posible que esté en casa de esa beldad.

—Es cierto —admitió ella—. Pero ¿cómo la buscaremos?

— Ven —dijo Sage—. Ya encontraremos alguna cabina telefónica con guía y ahí sabremos el domicilio de Lyla.

— Muy bien.

Echaron a andar. Al final de la calle se divisaba la encristalada estructura de una cabina telefónica.

De pronto, Beatriz, acometida por las dudas, exclamó:

— Brad, si Kilbour es un famoso científico, y de eso hay una seguridad plena, ¿cuándo trabaja si tanto le gusta divertirse?

Sage se encogió de hombros mientras sonreía.

— Hay tipos capaces de todo —contestó.

— ¡Hum! Eso no me gusta, Brad. Tengo la sensación de que Kilbour debe de ser un hombre muy dado a fantasías...

— Cuando te han enviado aquí, es porque han investigado en la historia de esta época, ¿verdad?

— Sí, pero hay veces en que se rectifican los libros de historia, enviando misiones al pasado con objeto de comprobar “de visu” las afirmaciones o hipótesis de los historiadores. A veces, resultan falsas y es preciso redactar de nuevo tal o cual capítulo de la historia.

— Pues como Kilbour resulte un falsario, temo que a vuestros científicos no les va a quedar otro remedio que quemarse las pestañas en el laboratorio, a fin de encontrar la solución para la petrificación del organismo humano.

Llegaron a la cabina, que carecía de guía, pero no de selector de informaciones sobre abonados al videófono. Sage hizo la pertinente consulta y así averiguó el domicilio de Lyla Pevney.

Momentos después tomaban un taxi. El final del viaje les deparó una amarga decepción: Lyla Pevney estaba ausente.

El conserje del edificio sólo pudo darles un deprimente informe: no sabía dónde estaba Lyla ni cuándo volvería a su casa.

Sage se volvió hacia la muchacha, con las palmas de las manos hacia arriba:

— Temo, querida, que no vamos a tener otro remedio que corrernos una juerguecita árabe —dijo.

Beatriz sonrió.

— Me parece que no es una perspectiva que te amargue la existencia —contestó.

— A decir verdad, no, sino todo lo contrario —dijo él desenvueltamente, mientras la agarraba por un brazo para volver de nuevo a la calle.

* * *

Beatriz se sentía envuelta en un aura de moderado optimismo después de la cena que habían tomado en un excelente restaurante. Tenía las mejillas encendidas y los ojos le brillaban a causa de las dos copas de champaña ingeridas durante la cena.

— No se vivía tan mal en el siglo XXI —dijo, mientras el taxi les llevaba al “Arabian Nights”—. La cena, deliciosa; el champaña, sublime...

— Total, que se vive ahora mejor que en tu siglo.

— Son dos concepciones de la vida totalmente distintas. Ahora hay más iniciativa; en mi época todo te lo dan hecho y apenas tienes que esforzarse para conseguir lo que necesitas. Es verdad que no careces de nada, pero los estímulos han desaparecido.

— En resumen, una vida de abúlicos y cansados de nacimiento.

— Algo por el estilo — admitió ella.

— Pero no debes quejarte. Cada época tiene su modo de vida y su perspectiva para contemplar la existencia, distintos a los de épocas anteriores. Todo consiste en acomodarse de grado a la época de cada cuál y vivir de acuerdo con las normas que rigen en su tiempo.

— Una filosofía de la resignación —calificó Beatriz.

— Sí, pero, ¿vas a provocar una revolución para cambiar vuestro modo de vivir? ¿Has pensado siquiera en otra existencia mejor? No se puede destruir un orden existente, sin tener planeado otro distinto, o que sustituya con mayor o menor eficacia al destruido.

Beatriz se echó a reír.

— Tienes argumentos para todo — contestó —. Lo que dije antes de mi época era un simple comentario. No, no me quejo de vivir en el siglo XXVII, Brad; y es muy posible que no me acomodase a vivir en éste. Demasiada agitación, ¿comprendes?

— Eso sí es cierto — admitió él, lleno de asombro al contemplar la vivacidad de la vida nocturna londinense.

Minutos más tarde, el taxi se paraba a la puerta del “Arabian Nights”.

Sage abonó la carrera. Entraron juntos en el local. Una opulenta odalisca les condujo a una mesa.

— Champaña —encargó Sage.

— Al momento, señor.

El local estaba decorado con motivos árabes y tanto las camareras como los “barmen” que atendían el mostrador vestían ropas orientales. La

vestimenta de las camareras se componía sustancialmente de muchos velos, pero poca cosa más.

— No es necesario hacer trabajar mucho la imaginación para adivinar lo que hay bajo los velos —sonrió Sage.

La camarera trajo el champaña, con dos copas y un programa de las atracciones que desfilarían por la pista aquella noche. Sage pasó las hojas del programa, encontrándose con una desagradable sorpresa.

— Lyla Pevney no actúa ya en el "Arabian Nights" —dijo, para consternación de su linda acompañante.

CAPÍTULO X

Durante unos momentos, Beatriz permaneció silenciosa, sin saber qué partido tomar.

— Hemos perdido el tiempo — fue todo lo que dijo, al cabo.

— Aguarda un momento. Aún no es hora de izar bandera blanca — objetó él. Agitó la mano y esperó a que viniese la camarera encargada de su mesa —. Quiero que me digas una cosa, hurí del paraíso.

La camarera sonrió.

— Si puedo servirle en algo, señor...

— Sí, preciosa. —Sage le enseñó dos billetes de cinco libras—. ¿Dónde está Lyla Pevney?

— Lo siento, señor; temo no poderle dar ninguna respuesta. Lyla ya no trabaja aquí; es todo lo que puedo decirle.

— Es una lástima — suspiró Sage.

— Pero... —las diez libras pasaron al escote de la camarera —, yo juraría que el gerente sí se lo podría decir.

— ¿Quién es el gerente? — saltó Beatriz en el asiento.

— Está allí, en el extremo opuesto del mostrador — indicó la odalisca —. Su nombre es Tarleton.

— Gracias, beldad de la Arabia.

Sage se puso en pie y se encaminó hacia el lugar señalado, seguido de Beatriz. Tarleton era un hombre grueso, calvo, de mediana edad, pero todavía fornido.

— Señor Tarleton —dijo Sage.

El gerente se volvió y le dirigió una mirada glacial.

— ¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó.

— Me llamo Sage, señor Tarleton — se presentó el joven —. Mi acompañante es Beatriz Or-Sheqqin. Ella está buscando ahincadamente a una antigua amiga suya, Lyla Pevney.

Tarleton demoró la respuesta unos momentos.

Luego dijo:

— He cancelado el contrato de la señorita Pevney por incomparecencia a sus sesiones de trabajo.

— Eso no nos interesa, señor Tarleton — alegó Sage—. Lo importante es que nos diga dónde está Lyla.

— ¿Son acreedores suyos? — preguntó el gerente con sarcasmo.

Sage procuró armarse de paciencia.

— Ya ha oído lo que le ha dicho la señorita Or-Sheqqin — contestó —. Y no creo que su negocio se resienta si nos da esos informes.

Tarleton hizo un gesto de indiferencia.

— Bueno, sé que ella habló de que se iba a pasar una temporada en Túnez, aunque entonces no le di demasiada importancia — contestó.

— ¿En Túnez? — se asombró Beatriz.

— Sí. Yo le di muy poco crédito entonces; si quieren que les diga la verdad, siempre he pensado que a Lyla le faltaba un tornillo, pero, por lo visto, se tomó la cosa en serio con aquel científico chiflado...

— ¡Kilbour! — exclamó Sage.

— Sí, así creo que se llamaba — concordó el gerente—. Es un tipo horrorosamente feo; no sé qué pudo verle esa estúpida de Lyla, habiendo otros hombres más jóvenes y atractivos.

— Las mujeres, a veces, somos un poco raras —sonrió Beatriz—. De modo que en Túnez.

— Sí, habló algo de "Villa Hamina", pero no sé más... Por cierto, hace unos momentos, dos tipos me preguntaron lo mismo que ustedes.

— ¿Cómo dice? — respingó Sage.

— Sí. Estaban aquí mismo; se quedaron a tomar unas copas...

Sage y Beatriz volvieron la cabeza simultáneamente. A diez pasos de distancia, dos hombres sorteaban las mesas, tratando de ganar la salida.

— ¡Klee! — gritó Sage.

El aludido se volvió. Había una chica cantando en el escenario y Tarleton se sulfuró.

— Guarden silencio, diablos — gruñó.

Sage vio que Klee metía la mano en el interior de su blusa.

— ¡Va a sacar un arma! —chilló Beatriz.

— ¿Qué? — aulló Tarleton —. ¿Pistoleros en mi local?

— Hay que detenerlos, Brad — exclamó Beatriz, sin hacer caso de las reclamaciones del gerente.

Sage sacó su proyector y lanzó una descarga contra Klee. Pero, en el mismo momento, se cruzó involuntariamente una camarera que llevaba en alto una bandeja llena de botellas y copas y recibió la descarga de lleno.

La camarera chilló, mientras la bandeja y su contenido volaban por los aires con aterrador estrépito, cayendo sobre una mesa, cuyos ocupantes se desparramaron por el suelo, mientras prorrumpían en atroces improperios contra el deficiente servicio del local.

Tarleton se tiraba de los pelos, si bien sólo metafóricamente, en gracia a su calvicie. La camarera caída perneaba con furia, mientras chillaba, desaforadamente.

Beatriz sacó su proyector y disparó una vez, pero falló. Una mesa saltó en astillas, con gran susto de sus ocupantes.

Hoo-Tur y Klee trataban de ganar la salida. También disponían de armas similares, pero la confusión impedía que sus disparos fueran

eficaces.

La gente caía y rodaba por todas partes, en medio de un alboroto inenarrable. Una descarga de aire comprimido dio en el gran espejo del bar, que saltó con tremendo estrépito.

Sage disparó otra vez, con el único resultado de destrozar el decorado de la entrada, que imitaba la puerta de un palacio árabe. La madera y el estuco volaron pulverizados por los aires.

En el escenario, los músicos trataban de mantener el orden, interpretando una briosa marcha. En el momento en que lanzaba un disparo, alguien golpeó el brazo de Beatriz y la columna de aire comprimido derribó a los músicos como si fueran bolos.

La cantante había huido despavorida. Por todas partes se oían ruidos de mesas y botellas rotas. El escándalo y la confusión eran indescriptibles.

Sage empezó a verlo todo muy negro. Ya se oían en el exterior las primeras sirenas policiales.

De pronto, sintió que le tiraban de la manga.

— Vengan por aquí —indicó la camarera que les había servido antes.

Sage agarró el brazo de Beatriz y tiró de ella. Guiados por la odalisca, ganaron una puertecita reservada.

— Sigan el pasillo. Al final, encontrarán una puerta que da a una calle trasera — indicó la agradecida camarera.

Sage y Beatriz no se demoraron en cumplir el consejo. Momentos más tarde corrían por una calle apenas transitada, mientras a sus oídos llegaba el fragor de las luchas que se producían ante la entrada del "Arabian Nights".

— Esto es cualquier cosa menos una noche arábiga — jadeó Beatriz, sin dejar de correr.

— Lo importante es que hemos conseguido escapar. Hoo-Tur y Klee se van a ver ahora en un buen apuro.

— ¿Tú crees?

— Seguro. La policía hará una redada. Muy probablemente, a ellos los identificarán como causantes del escándalo. No lo pasarán bien, créeme.

— Los encerrarán.

— Es muy probable. Pagarán una multa y pasarán algunos días de cárcel, si bien puede que salgan antes, mediante una fianza. De todas formas, habremos ganado veinticuatro horas.

— ¿Será suficiente, Brad?

— Yo creo que sí. ¿No se puede uno trasladar con tu tempomóvil con la velocidad del pensamiento?

— En el tiempo, sí, pero no en el espacio; al menos, a grandes distancias y, en el poco espacio en que puede desplazarse, a una velocidad muy reducida.

Sage dejó de correr y miró a la muchacha sorprendido.

— Yo creía que el cronomóvil...

— Recuerda su verdadera función: moverse a través del tiempo. Para desplazarse en la dimensión espacio tenemos otros vehículos.

— Es lógico —admitió él, preocupadamente—. Y hasta Túnez hay unos cuantos miles de kilómetros...

— ¿No hay aeromóviles en esta, época?

— Se llamaban aviones... Claro que sí, muchacha. Podemos alquilar uno y... ¿Hay dinero, Beatriz? Costará bastante caro.

Ella sonrió.

— Brad, el dinero no es nunca un problema de importancia para un Agente Temporal —dijo.

— Vaya, falsificáis el dinero, ¿eh?

— Reproducimos cualquier moneda en nuestras duplicadoras y en la cantidad que se desee, con una fidelidad absoluta.

— Con lo cual os convertís en delincuentes.

Beatriz se encogió de hombros.

— La camarera se aprovechará bien de las diez libras que le diste — contestó maliciosamente —. Y nadie descubrirá que es una falsificación, Brad.

—Bueno, tampoco yo soy un policía... ¡Un momento! — exclamó él de repente —. Antes has dicho que eres un Agente Temporal.

— Justamente, Brad. Soy Agente Temporal calificado, con el indicativo de primer rango, lo que significa: "Apto para toda clase de misiones", y mi cifra clave es D. Z. 5.

* * *

— De modo que D. Z. 5 es Agente Temporal de primer rango — dijo Sage, mientras el pequeño reactor que les trasladaba a Túnez evolucionaba para situarse sobre la pista de aterrizaje.

— Así es, Brad. Naturalmente, el título no se obtiene sino tras unas pruebas muy duras y, por supuesto, después de cursar dos carreras.

—¡Dos carreras! — resopló él.

— Sí. Historia Mundial, esto es lógico, como puedes comprender. No se puede ir a realizar una misión sin conocer bien la historia.

— Pero no conocéis demasiado la idiosincrasia de las épocas que visitáis. A veces tenéis fallos.

— Es inevitable, aunque procuramos que sean mínimos y no alteren las líneas temporales que puedan influir en el futuro.

— Es decir, no hacer nada que pueda alterar la historia.

— Justamente. Sería espantoso, por ejemplo, causar la muerte de un hombre, que podría casarse y tener hijos, quienes, a su vez, tendrían

descendencia. Ese hombre puede morir, desde luego, pero por causas originadas en su época, no por un accidente provocado por uno de nosotros, ¿comprendes?

— Desde luego. Y, ¿cuál es la otra carrera en que te has graduado?

— Ingeniería Cronoelectrónica —respondió Beatriz.

— Electrónica del tiempo —aclaró él.

— Sí, en efecto.

— Muchacha, me siento avergonzado. Eres un pozo de sabiduría; a tu lado, yo soy un aprendiz de electricista doméstico.

Beatriz se echó a reír.

— No es una carrera demasiado difícil — contestó—. Con tu base científica, podrías obtener el título en un par de cursos.

— Suponiendo que quisiera hacerme ingeniero de Cronoelectrónica — dijo él.

Los motores del avión invirtieron de pronto su posición y el aparato empezó a descender verticalmente. Minutos después, se posaba en la pista.

Los trámites de aduana y sanidad fueron breves. Media hora más tarde tomaban un taxi.

— ¿Conoce usted “Villa Hamina”? — preguntó Sage al tunecino que guiaba el vehículo.

El taxista meditó unos momentos.

— Sí, ya caigo dónde está — respondió al cabo.

— Muy bien. Le pagaré doble si nos lleva allí cuanto antes, aunque sin llamar la atención.

— Descuide, señor.

El coche arrancó de inmediato. Su conductor evitó el paso por la capital, siguiendo una carretera de circunvalación. Luego tomó otra secundaria y, al fin, se encaminó hacia lo que parecía un oasis situado a quinientos metros del mar, en una ladera de aspecto arcilloso.

Las copas de las palmeras sobresalían por encima de la tapia que encerraba el jardín de la villa. Sage cumplió su promesa al taxista, el cual se marchó colmándoles de bendiciones y deseándoles una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

— ¿Qué te parecen los augurios del conductor, Beatriz? —preguntó Sage, sonriendo.

Ella se puso colorada.

— Recuerda que pertenecemos a época distinta — contestó.

—Sí, pero seguimos siendo un hombre y una mujer —dijo él, mientras alargaba la mano para oprimir el botón de llamada.

CAPÍTULO XI

Un sirviente moreno, ataviado con fez, camisa y pantalón corto, abrió la cancela que cerraba la entrada al jardín. Sage le expresó sus deseos de entrevistarse con el doctor Kilbour y el sirviente prometió que se lo diría, aunque no garantizó una respuesta afirmativa.

— Dígale que ha venido a visitarle la doctora Or-Sheqqin, por el asunto de la enfermedad de la petrificación — añadió Beatriz.

El criado se alejó. Sage miró sorprendido a la muchacha.

— Tienes un desparpajo inaudito —exclamó—. Sólo a ti se te ocurriría decir que eres doctora...

— ¡Pero si no he mentido! —rió ella—. Es preciso tener el doctorado en las dos carreras que cité antes para optar a un puesto en la Dirección de Asuntos Temporales.

Sage meneó la cabeza.

— Se ve cada cosa hoy día...

El criado regresó a poco.

— Tengan la bondad de pasar — invitó —. El doctor Kilbour accede a recibirles. Síganme, por favor.

Atravesaron el jardín, en el que abundaban los surtidores, dieron la vuelta a la casa, de neto estilo árabe, y pasaron a la parte posterior, donde había una gran piscina, en la que nadaba perezosamente una hermosa joven rubia.

Kilbour estaba tendido en una hamaca, con un refresco al alcance de la mano. Llevaba puestas unas gafas de color y miró con interés a los recién llegados a través de los cristales oscuros.

— Kilbour —dijo lacónicamente, mientras se ponía en pie.

Era un sujeto cuadrado, macizo, de frondosa barba negra, que le daba el aspecto de un pirata. No era muy alto y aparentaba unos cuarenta y cinco o cincuenta años, pero, calculó Sage, sería mal enemigo todavía en una lucha cuerpo a cuerpo.

— Soy Brad Sage, ayudante de la doctora Or-Sheqqin — se presentó —. Ella es Beatriz Or-Sheqqin, doctor Kilbour.

El científico miró interesadamente a Beatriz.

— Una hermosa colega — sonrió —. ¿Quieren un refresco?

— Se acepta, doctor — contestó Sage.

Kilbour dio unas palmadas. El criado apareció, hizo una reverencia y tomó nota del encargo. Luego, Kilbour se encaró con Beatriz.

— De modo que viene usted por el asunto de mi descubrimiento científico, doctora.

— Así es —corroboró Beatriz—. Su trabajo sobre la alteración genética que causa la fosilización del organismo humano nos interesa sobremanera. Queremos su colaboración, para atajar la epidemia que se ha desarrollado con graves efectos, lo que significa varios centenares de muertos.

Kilbour miró asombrado a la muchacha.

— ¡Pero si nadie ha dicho una palabra de tal epidemia! ¡Se conocería la noticia si eso que ha dicho usted fuese verdad, doctora! — exclamó.

— Perdón —intervino Sage—. Temo que la doctora no ha sabido expresarse bien. La epidemia que ella menciona está produciéndose ahora en el siglo XXVIII, porque debe saber que la doctora pertenece a esa época.

* * *

Prodújose un corto espacio de silencio. Tras sus gafas negras, Kilbour miraba a la pareja con aire de asombro e incertidumbre al mismo tiempo.

La rubia que nadaba en la piscina salió fuera. Era una hermosa joven, de contornos exuberantes y piel tostada por el sol. Se acercó al grupo, tomó una toalla y empezó a secarse.

—Hola —saludó con amable sonrisa.

Kilbour sacudió la cabeza.

— Lyla, te presento a la doctora Or-Sheqqin y a su ayudante, el señor Brad Sage. Ella es Lyla Pevney, doctora, señor Sage.

Los dos recién llegados saludaron con sendas inclinaciones de cabeza. Lyla soltó una risita.

— ¿No serán acreedores tuyos, querido? — dijo de buen humor.

— No debo un céntimo a nadie —gruñó Kilbour.

— El señor Tarleton nos dio recuerdos para usted, señorita Pevney — dijo Beatriz con amplia sonrisa.

— Me extraña — contestó Lyla —. Tarleton es de los que no dan ni los buenos días.

— Nosotros le dejamos un agradable recuerdo de nuestro paso por su local —manifestó Sage—. Organizamos una pequeña bronca y, me imagino, habrá tenido que reponer el mobiliario y la decoración.

Lyla lanzó una alegre carcajada. Luego, desenvueltamente, tomó el refresco del doctor y se puso la pajita entre los labios.

— Se lo tiene bien merecido —dijo—. Yo era el sesenta por ciento de sus ingresos y no quería aumentarme el sueldo.

— Y por eso se marchó.

— No. Tenía otra oferta mejor, de un tipo más considerado que Tarleton, pero entonces conocí a Fred.

Beatriz miró al doctor. “Bueno, pensó, es preciso admitir que, feo y todo, resulta un tipo tremendamente viril”.

Y teniendo en cuenta la ardiente femineidad de Lyla Pevney, los resultados del encuentro saltaban a la vista.

— El doctor es un hombre afortunado, señorita Pevney — dijo Sage.

— Vamos, que usted no se puede negar —rió Kilbour.

— Es una chica verdaderamente bonita, en efecto — concordó Lyla.

— Perdón —dijo Beatriz algo envaradamente—, no estamos aquí para un intercambio de mutuos elogios.

— Ah, sí, es cierto. Usted, señorita, ha dicho que procede del siglo XXVIII.

— Exactamente, del año dos mil setecientos veintidós, doctor.

— ¿Qué? ¡Eso es imposible! — gritó Lyla.

— Lo siento, pero es así —dijo Sage—. Yo mismo tampoco soy de esta época; procedo del siglo XXIV, concretamente, del año dos mil trescientos cuarenta y siete.

Lyla se asustó.

— ¡Están locos! — chilló, a la vez que retrocedía un paso.

Kilbour extendió una mano.

— ¡Cálmate, nena! —aconsejó, sin quitar la vista de los recién llegados —. Es posible que se trate de unos chiflados... pero también pueden decir la verdad.

— ¿Cómo? ¿Tratas de convencerme de que son unos marcianos?

— Perdón, señorita Pevney — corrigió Sage —. Nada de marcianos; terrestres como ustedes, aunque, eso sí, nacidos en otra época.

— Estoy por decir que esto no le parece tan fantástico al doctor Kilbour. ¿Me equivoco? — intervino Beatriz.

Kilbour parecía concentrado en sí mismo.

— Pudiera ser que dijesen la verdad —contestó con voz algo ausente —. Porque una cosa es indudable; ha de llegar un día en que se descubra el medio de viajar a través del tiempo. Entonces, recibiremos visitas de personas que viven en nuestro futuro...

Los ojos del científico chispearon de pronto.

— Pero si ustedes proceden de nuestro futuro, confío en que sabrán demostrarlo — añadió con vehemencia.

— Nada más cierto, doctor —contestó Beatriz gravemente —, aunque para ello, habremos de desplazamos a Londres, que es donde tengo mi traslator temporal.

— ¿Y por qué no han venido en él hasta aquí?

— Porque esas máquinas apenas se pueden mover en la dimensión espacio; sus viajes se realizan solamente en la dimensión tiempo.

— Es decir, que aunque vayan arriba o abajo de los siglos, siempre

están en el mismo sitio.

— Sí, doctor.

Kilbour hizo un gesto con la cabeza.

— ¡Cómo me gustaría ver uno de esos aparatos! — exclamó.

— La solución es sencilla, doctor —dijo Sage—. Se viene con nosotros a Londres y...

— Dejándome a mí aquí, ¿verdad? —protestó la rubia.

Kilbour apoyó una mano en uno de los mórbidos brazos de Lyla, con gesto posesivo.

— Nada de eso, hermosa mía; tú también vendrás con nosotros —dijo.

Sage miró a Beatriz. La joven hizo un gesto afirmativo.

— No hay inconveniente —aceptó.

— ¿Y hemos de viajar al siglo XXVIII? —gimió Lyla.

— Le aseguro que no hay peligro alguno, señorita— manifestó Sage—. En el siglo XXIV no hay todavía tempomóviles y, sin embargo yo he viajado por distintas épocas... —Maliciosamente calló sus aventuras para no desanimar a sus todavía hipotéticos acompañantes —. Y aquí estoy, tan campante — concluyó sonriendo.

Kilbour chasqueó los dedos.

— Está resuelto —dijo—. Volveremos a Londres y viajaremos a su siglo, doctora. De modo que hay allí una epidemia de fosilización.

— Sí doctor; y hasta ahora se desconoce el modo de atajarla.

— Yo descubrí algo al respecto —manifestó Kilbour— y envié una comunicación a la Academia, pero me tiraron mi memoria a la cabeza.

— Lo sabemos, doctor.

— ¿Cómo se han enterado? — preguntó Kilbour, asombrado.

— Explorando el pasado, claro —sonrió Beatriz.

— Ah, ya, es lógico. —Kilbour se volvió hacia Lyla—: Nena, ¿quieres decir a Yussef que prepare dos cubiertos más? Vamos a tener invitados y durante la comida discutiremos mejor el asunto. Es decir, si nuestros distinguidos visitantes no tienen inconveniente en aceptar nuestra hospitalidad.

— Ninguno, doctor — contestó Sage.

— Nos sentiremos muy honrados —manifestó Beatriz.

Lyla tuvo un simpático detalle:

— Doctora —dijo—, acaba de llegar de viaje y deseará arreglarse un poco, sin duda. ¿Quiere acompañarme?

— Con mucho gusto, Lyla —sonrió Beatriz.

CAPÍTULO XI

El doctor Kilbour era hombre de prodigiosa voracidad: comía como un energúmeno, bebía como una esponja y todo ello sin dejar de pellizcar a Lyla de vez en cuando y, además, charlando con tremenda volubilidad. Sage y Beatriz estaban admirados y divertidos al mismo tiempo con el espectáculo que constituía aquel pintoresco individuo.

— Yo observé ciertas mutaciones en mis experiencias de laboratorio, realizadas con animales. Eran descendientes de otros animales que, en tiempos, estuvieron expuestos a radiación procedente de explosiones atómicas. Esas degeneraciones moleculares podían acabar en transmutaciones absolutas, originando nuevas moléculas, concretamente de silicio. Durante un tiempo, no pasaba nada; luego de repente, se producía la "explosión" silícea y el cuerpo del animal se petrificaba.

— Pero la sangre seguía circulando y las funciones respiratorias no se interrumpían — alegó Beatriz.

— Son dos órganos a los cuales, inexplicablemente, no afecta aún la fosilización; y digo inexplicablemente, porque no he tenido tiempo de estudiar el fenómeno en toda su extensión. Pero teniendo en cuenta el tiempo pasado desde que los antecesores de esos animales experimentales fueron afectados por las radiaciones y la época en que se ha producido la epidemia en seres humanos, las cosas concuerdan con mis argumentos.

— ¿Por qué dice usted eso, doctor? — preguntó Sage.

— Es muy sencillo —contestó Kilbour, después de vaciar una copa de rojo vino—. La enfermedad, llamémosla así, necesita un cierto período de incubación. Para los animales de mi laboratorio fueron ochenta y un años, en distintas generaciones aceleradas, teniendo en cuenta que las primeras explosiones atómicas se produjeron en mil novecientos cuarenta y cinco. Ahora bien, la vida de un ser humano es mucho más larga que la de una rata o un conejillo de Indias.

— ¿Cree usted que esa enfermedad ha necesitado setecientos años, es decir, desde mil novecientos cuarenta y cinco hasta dos mil setecientos veintidós, para su incubación?

— No — dijo Kilbour, empuñando una pierna de cordero como si fuese una maza de guerra —; ha necesitado mucho menos tiempo. Yo diría que sólo unos quinientos años. Incluso, puede que menos todavía.

— ¡Pero no ha habido explosiones atómicas en el siglo XXIII! —alegó Sage.

Kilbour hizo un gesto ambiguo.

— Alguna persona, de algún modo, resultó afectada por radiaciones,

que desencadenaron en su cuerpo el proceso de mutación. Esa persona se casó, tuvo descendencia... y la “explosión” silícea se produjo unos siglos después.

Sage volvió los ojos hacia Beatriz.

— Tendríamos que consultar minuciosamente nuestros archivos temporales —dijo la muchacha—. No tengo la menor idea de la época y del lugar en que se produjo esa explosión.

— Se me ocurre una idea — exclamó Kilbour.

— Sí, doctor.

— ¿No dice usted que son capaces de moverse a través de las épocas?

— Sí, desde luego; y espero probárselo, doctor.

— Muy bien. Tome usted a uno de los afectados por la fosilización e investigue su genealogía. Inevitablemente llegará al origen de la enfermedad y así podrá atajarla.

Sage pegó un salto en el asiento.

— ¿Cómo? ¿No conoce usted el remedio para curarla? — exclamó.

Kilbour arreó un feroz mordisco a la pierna de cordero. Luego, con la boca llena, contestó:

— Clínicamente, aún no. Pero se puede evitar de una forma infalible.

— Explíquese, doctor —pidió Beatriz con voz tensa.

— Es una manera infalible, pero también despiadada. Una vez se descubra a la persona originaria de la mutación, habrá que darle muerte.

* * *

Sage llenó una copa y la despachó de un trago. Lyla jugueteaba con unos granos de uva.

Beatriz permanecía callada. Al fin, dijo:

— En nuestra época, la ley prohíbe viajar al pasado e influir en las personas para alterar las líneas del tiempo futuro.

Kilbour se encogió de hombros.

— En ese caso, sus científicos deberán despabilarse para curar clínicamente la enfermedad, cosa que dudo mucho, tratándose de unas causas basadas en una remota mutación.

Sage se volvió hacia la muchacha.

— Beatriz, lo mejor será volver a tu siglo y desde allí investigar las genealogías de los afectados. Una vez que sepamos el resultado, ya tomaremos una decisión.

— De acuerdo —aceptó Beatriz la solución del joven —. ¿Nos acompañarán ustedes, doctor, señorita Pevney?

— ¡Claro! —dijo Kilbour de inmediato.

—¿Cómo es la moda del siglo XXVIII? —preguntó Lyla.

Beatriz sonrió.

— La tiene usted delante, Lyla —contestó.

— No está mal, Beatriz.

— Es una moda práctica ante todo —dijo la muchacha.

De pronto, se oyó un tremendo alboroto en la entrada.

Kilbour se puso en pie.

— ¡Yussef! ¿Qué pasa? —preguntó a voz en cuello.

El criado no contestó. Se oyó el golpe de un cuerpo al caer por tierra.

Sage puso la mano en su proyector de descargas. Dos hombres aparecieron, de repente en el comedor.

— ¡Que nadie se mueva! —gritó Klee.

Sage se dejó caer bajo la mesa. Lyla chilló agudamente.

Kilbour era hombre de rápidas reacciones. Agarró una botella y la lanzó hacia adelante con tremenda fuerza.

Hoo-Tur lanzó un rugido y se desplomó por tierra, cuando la botella se rompió en su cara. Por debajo de la mesa, Sage lanzó una descarga que, alcanzando a Klee en el estómago, lo alzó un palmo del suelo, antes de proyectarlo contra la pared.

Klee rebotó y rodó inconsciente por el suelo. Sage se puso en pie y corrió hacia ellos.

En un momento se hizo con sus armas. Lyla estaba a punto de desmayarse.

— No nos dejan quietos un momento, ¿eh? —dijo Sage, vuelto hacia Beatriz.

En la cara de la muchacha apareció un gesto de preocupación. Poniéndose en pie, agarró una jarra de agua y se acercó a Klee.

Un chorro de líquido cayó sobre el rostro del sujeto. Klee se agitó, tosió, estornudó y acabó por fin por sentarse en el suelo, mirando a todas partes con expresión estúpida.

Hoo-Tur continuaba desvanecido.

— ¿Dónde estoy? — preguntó Klee con torpeza.

— Delante de mí —contestó Beatriz, puesta en jarras—. ¿Quién les ha enviado a buscarme?

Klee vaciló. Beatriz alzó la mano izquierda.

— Brad, tienes tu proyector en la mano —dijo—. Cuando te lo indique, presiona el segundo botón, apuntando a este canalla.

— ¡No! — chilló Klee, lívido de pavor.

— Entonces, hablará.

— Nos envió Uldon — contestó Klee en tono resignado.

— ¿Cuál fue su orden?

— Darles muerte.

— ¡Caramba con el siglo XXVIII! — exclamó Kilbour—. Parece que

allí no se andan con chiquitas a la hora de suprimir estorbos.

— El siglo XXVIII está habitado también por terrestres, doctor — contestó Sage en tono sentencioso.

— Sí, ya lo veo...

Beatriz se volvió hacia el joven.

— Por encima de Uldon hay alguien, aunque no acierto a adivinar quién pueda ser —dijo.

— Eso se puede averiguar fácilmente —manifestó Sage.

— Volviendo a nuestro siglo, ¿verdad?

— Tu siglo —puntualizó el joven, sonriendo.

— Es lo mismo —dijo Beatriz—. Pero algo tenemos que hacer...

— ¡Un momento! —exclamó Sage—. ¿No se puede enviar desde este siglo un mensaje al futuro?

— ¿Por qué quieres hacerlo, Brad? — preguntó ella.

— Para engañar a Uldon y hacerle creer que nos han eliminado.

— Necesitaríamos tener a mano el cronomóvil de estos dos esbirros.

Sage se acercó a Klee.

— Póngase en pie — ordenó.

El sujeto obedeció. Sage apoyó ostensiblemente el pulgar sobre el segundo botón de su proyector.

— ¿Dónde está su cronomóvil? — preguntó.

— Afuera...

— ¿Cómo lo han traído con ustedes? — se asombró Sage.

— No es tan grande que no pueda caber en un avión de transporte — dijo Beatriz.

— Entiendo. Beatriz, ¿quieres encargarte tú de enviar ese mensaje?

— Por supuesto, Brad.

La joven se acercó a Klee y le descolgó del cuello el aparato de control remoto de la máquina del tiempo. Luego se volvió hacia Kilbour:

— Doctor, papel y lápiz, por favor.

— Sí, al momento, querida colega.

Sage agarró a Klee por el cuello y lo hizo sentarse a la mesa. Luego, Kilbour le puso delante una hoja de papel y un lápiz.

— Voy a dictarle el mensaje, Klee —habló la muchacha—: Escriba esto: "Eliminados D. Z. 5 y acompañante. Nos quedamos para hacer desaparecer sus cuerpos. Informaremos ampliamente a nuestro regreso". Firme y ya está.

Klee obedeció sin rechistar. Cuando hubo terminado, Beatriz cogió la hoja y abandonó el comedor.

Pasaron algunos minutos. Beatriz regresó de nuevo.

— Ya está —dijo—. Uldon devolverá el aparato dentro de un cuarto de hora, más o menos.

— Voy al lavabo —exclamó Sage de pronto.

El tiempo pasó lentamente. Veinte minutos más tarde, Beatriz anunció a los dos esbirros que ya podían marcharse.

— Les aguardaremos allí — anunció Hoo-Tur en tono hosco.

— Allí iremos dentro de muy poco — contestó la muchacha sin inmutarse.

La pareja se marchó. Segundos después, se oyó una tremenda explosión en el exterior del jardín.

— ¿Qué ha sido eso? — exclamó Kilbour, alarmado.

Sage apareció, silbando alegremente.

— Algo ha fallado en el traslator temporal — dijo —. Yo juraría que alguien puso un pedazo de hierro entre el marcador de fechas y las conexiones, y el cronomóvil...

— Ha explotado —adivinó Beatriz.

Sage sonrió.

— Tanto como eso... Pongamos que se ha dividido en multitud de pedazos, cada uno de los cuales ha ido a parar a una época distinta.

— ¿Y sus ocupantes?

— Ya no están en ninguna época, Beatriz. Lo siento, pero no podía consentir que volvieses a tu época y te sucediera algo.

— Ha hecho bien — aprobó Kilbour —. Eran dos asesinos y no se merecían otra cosa.

Hubo un momento de silencio. Lyla lo rompió, con una pregunta:

— Bueno, ¿y cuándo emprendemos el viaje al siglo XXVIII?

— Nuestro avión nos aguarda en el aeropuerto —contestó Sage—. El resto ya depende de ustedes.

—Entonces, iré a preparar los equipajes. Estaremos listos dentro de media hora. ¿Vamos, Fred?

Sage y Beatriz quedaron a solas. El joven dijo:

—Hay una cosa que me extraña mucho, Beatriz.

— ¿Sí? ¿De qué se trata?

— Tú dices que el cronomóvil no se mueve apenas en el espacio. Si enviaste el mensaje a tu época, ¿cómo lo han recogido, puesto que al aparecer en el siglo XXVIII, no lo habrá hecho en el mismo punto de partida?

— Hay estaciones detectoras y alguna de ellas habrá registrado la presencia del aparato. Uldon no tiene aún el mensaje, pero el encargado de la estación que lo detecte, acudirá a investigar y le comunicará el resultado de sus pesquisas.

— Pero ese mensaje puede comprometer gravemente a Uldon —alegó Sage.

Beatriz sonrió.

— ¿Por qué te crees que lo hice? — contestó en tono malicioso.

CAPÍTULO XII

Beatriz abrió la puerta de la sala. Tres pares de ojos se fijaron en ellos ansiosamente.

— ¿Hay noticias? — preguntó Sage.

— Es extraño — contestó ella —. Uldon continúa aún en su cargo.

— ¡Hum! —dudó Sage—. Tengo la impresión de que es un tipo que sabe tener muy bien cubiertas las espaldas.

— Yo también lo empiezo a pensar así —suspiró ella —. De todas formas, ha llegado el momento de dar comienzo a nuestra labor investigadora.

— ¿Por dónde empezamos? — preguntó Kilbour.

Beatriz había traído consigo una carpeta y se la entregó.

— Es el historial clínico de uno de los últimos afectados por la enfermedad de la petrificación —dijo—. Cuando lo haya estudiado bien, haremos su investigación genealógica.

— Gracias, doctora — contestó Kilbour.

El científico se enfrascó inmediatamente en el examen de los documentos. Beatriz miró a Lyla y sonrió.

— ¿Qué te parece mi época? — preguntó.

— No está mal — respondió Lyla —. La encuentro un poco aburrida.

— En cierto modo, tienes razón, pero tampoco se vive mal.

— La moda es lo que más me gusta —rió Lyla—. En cambio, la comida...

Sage se acercó a las mujeres.

— Beatriz, ¿cuándo vamos a ir a ver a Uldon? — preguntó.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

— Ten un poco de paciencia — contestó —. Estoy aguardando una llamada.

— ¡Ah! —murmuró Sage—. Oye hay una cosa que me intriga mucho y que me gustaría tener una explicación.

— Dime, Brad.

— ¿Recuerdas? Una vez nos lanzaron al siglo DXXVIII. ¿Quién lo hizo?

Beatriz suspiró.

— Uldon no está solo — contestó —. El o alguno de sus cómplices debió de enterarse de nuestra escapatoria del hospital.

— Sí, comprendo; y el tipo sólo tuvo tiempo de cambiar el marcador de fechas, poniendo en su lugar uno alterado previamente.

— Sí, así debió de suceder.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, se oyó un suave tañido en la habitación.

Beatriz se acercó al videófono y dio el contacto.

— Hable —indicó al sujeto que acababa de aparecer en la pantalla.

— El doctor Gránor ha salido del hospital. Le sigo. — dijo el individuo.

— Muy bien. Avise cuando se detenga en alguna parte. Estoy esperando en el mismo sitio.

— Entendido.

Beatriz cortó la comunicación. Luego se volvió hacia Sage.

— Gránor va a entrevistarse con Uldon, estoy segura de ello — manifestó.

— Y tienes espías que lo siguen.

— Es un buen amigo — sonrió ella.

Kilbour levantó la vista de los papeles que examinaba.

— ¿Cuándo haremos la investigación temporal? — preguntó.

— Pronto, doctor —respondió Beatriz—. ¿Qué ha sacado en limpio de esa carpeta?

Kilbour hizo un gesto de pesimismo.

— Me ratifico en lo que dije desde el primer momento. Por ahora, no hay medios para dominar la fosilización, sino, simplemente, limitarla a unas cifras digamos razonables de casos.

— Y eso sólo se conseguirá matando a la persona originaria de la enfermedad.

— Por desgracia, así es. ¿Conoce usted bien la historia del siglo XXIV, doctora?

— Moderadamente bien — contestó Beatriz, sonriendo.

— El paciente se llama Sted Dallmy. Uno de sus antepasados es el que sufrió la mutación que, en estado latente, se ha ido propagando hasta llegar a él.

— ¿Sólo una persona fue la que originó la mutación, doctor? — preguntó Sage.

— Con la colaboración de otra: su esposa o su esposo, según el sexo del antepasado afectado — sonrió Sage.

— Eso es lógico, pero, ¿no habría medio de evitar la enfermedad?

— Sólo uno, ya lo he dicho — insistió Kilbour.

— Me parece que hay otro que no se le ha ocurrido a usted, doctor.

— ¿Cuál, señor Sage?

— Evitar el matrimonio del afectado por la radiación.

— Matándolo —dijo Kilbour, terco.

— Todavía hay otro procedimiento, doctor.

— ¿Sí, muchacho?

— Casarlo con alguien cuyos genes puedan imponerse en la herencia y eliminar así la mayor parte de las posibilidades de la mutación tres o cuatrocientos años más tarde.

Kilbour consideró la propuesta en silencio, mientras se daba tirones al labio inferior.

— Para eso tendríamos que hacer dos cosas —dijo al cabo.

— Hable, doctor —pidió Beatriz.

— Primero, localizar al individuo, sea del sexo que sea.

— ¿Y después?

— Buscarle la pareja adecuada. No evitará del todo la enfermedad, pero sí impedirá una propagación total.

— Vamos, que será como echar agua a un vino muy fuerte.

Kilbour sonrió.

— Una metáfora muy acertada —contestó.

El videófono sonó de nuevo.

Beatriz corrió hacia el aparato y dio el contacto.

— Hable —dijo.

— Gránor está en casa de Uldon —manifestó el espía.

— Muy bien. Si ve que sale, avise de inmediato.

— De acuerdo.

Beatriz cortó la comunicación y marcó unas cifras. La cara de un hombre de cierta edad apareció en la pantalla.

— Señor, mis informes se han comprobado. El doctor Gránor está con Uldon.

— Muy bien, Beatriz. Ahora sólo falta que yo compruebe los míos. La llamaré en seguida.

— Sí, señor.

Beatriz cerró de nuevo la comunicación. Miró a los demás y sonrió:

— El círculo se cierra en torno a los traidores — dijo.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Hubo un movimiento de inquietud en los presentes. Beatriz hizo un gesto con la mano.

— Dejen que yo lo resuelva —pidió.

Avanzó con paso resuelto hacia la puerta y abrió. Dos hombres, con uniforme plateado, aparecieron en el umbral.

— ¿Beatriz Or-Sheqqin? —dijo uno de ellos.

— Sí — contestó la muchacha.

— Tenemos un mandato de detención contra usted, expedido por el Director de Asuntos Temporales, Gtear Valdoo —manifestó el individuo —. En la orden se especifica que ha dejado usted de ser Agente Temporal y, por lo tanto, queda suspendida en todas las funciones inherentes al cargo.

* * *

Un profundo silencio se abatió sobre la estancia, después del anuncio hecho por el sujeto del traje plateado.

Beatriz palideció. Sage lo advirtió en el acto.

La joven parecía desconcertada. Sage se puso en pie y se acercó a la puerta.

— Tendrán la orden escrita, supongo —dijo.

El agente le miró recelosamente.

— ¿Quién es usted? — preguntó.

— Brad Sage, conocido de la doctora — respondió el joven.

— Entonces, haga el favor de no interferir una acción legal —dijo el individuo en tono malhumorado.

— Todavía no ha demostrado que esa acción sea legal, amigo.

El hombre se inquietó.

— Pero no se queden ahí fuera —dijo Sage, sonriendo con amabilidad —. Entren, por favor.

Los dos hombres cruzaron el umbral. Sage cerró la puerta.

— ¿Y bien? ¿Dónde está el mandato? — insistió.

— No lo tienen — intervino Kilbour.

— No nos hace falta —declaró el agente hoscamente.

— Pero los ha enviado Valdoo —exclamó Beatriz.

— ¿Quién, sino, podría hacerlo? ¿Por qué no lo comprueba? — sugirió el individuo, señalando el videófono.

— No hace falta. Estoy segura de que usted dice la verdad. De lo que ya no estoy tan segura es de la legalidad de la acción de Valdoo.

El agente se encogió de hombros.

— Él nos lo ha ordenado y nosotros obedecemos — contestó,

— ¿Personalmente? — preguntó Sage.

— Sí.

El videófono sonó de nuevo.

— Permítanme —rogó Beatriz, con la sonrisa en los labios.

El agente saltó hacia el aparato.

— Deje que yo controle la comunicación —exigió, a la vez que daba el contacto.

Beatriz continuaba sonriendo.

— Se va a llevar usted un gran chasco — dijo. Y cuando apareció un rostro en la pantalla, añadió —: Señor, debo anunciarle que he sido arrestada por orden de Valdoo.

— ¿Cómo? — Un rugido brotó del altavoz —. ¿Se ha atrevido ese granuja a arrestarla a usted?

— Sí, señor; aquí están los agentes que deben cumplir la orden.

— Dígales que esa orden queda cancelada en el acto, Beatriz.

La joven se volvió hacia sus visitantes.

— ¿Han oído? —dijo.

Los dos hombres se sintieron inquietos.

— Es el Director Supremo —dijo uno de ellos.

— Aunque así sea — refunfuñó el otro —. Nosotros dependemos directamente de Valdoo y sólo él puede revocar la orden de detención.

Sage lanzó un profundo suspiro.

— Estoy viendo que este problema sólo se puede solucionar de una manera —murmuró.

Y disparó su puño derecho.

El agente más cercano cayó con los pies por alto, después de lanzar un gruñido de dolor. Kilbour dejó escapar un alarido de guerra y se arrojó contra el otro.

Hubo un breve cuerpo a cuerpo. Luego, los puños del doctor hicieron sus efectos y causaron la segunda baja.

Lyla avanzó hacia él con los ojos brillantes y los brazos extendidos.

— ¡Amor mío! ¡Qué bien sabes luchar! — exclamó con pasión en su voz.

— ¡Bah! — contestó Kilbour con acento desdeñoso—. Ha sido una pelea sin historia. Me habría gustado que se hubiese resistido un poco más, pero era muy blando y la lucha careció de aliciente desde el primer momento.

Sage se echó a reír.

— Encuentro que es usted un biólogo un tanto singular — dijo.

Kilbour le guiñó un ojo alegremente.

— Me gusta la ciencia, pero también el lado bueno de la vida: una copa de vino, una mujer hermosa...

Alguien lanzó un grito.

— ¡Beatriz! ¿Sigue usted ahí todavía?

La joven se volvió hacia el videófono.

— Perdón, señor —dijo, un tanto turbada—. Me había olvidado de usted.

— ¿Qué ha pasado, muchacha?

— Tuvimos una discusión con los agentes de Valdoo, señor. Al fin, les hemos convencido para que me dejen libre.

El Director Supremo sonrió.

— El objetivo de la cámara del videófono capta unos pies de un hombre tendido en el suelo —dijo—. Imagino que los medios de persuasión han sido un tanto contundentes.

— Pero eficaces, señor.

— Sí, ya lo veo. Bien, Beatriz, no se descuide un minuto más. Acuda

inmediatamente a casa de Uldon.

— Iré con mis amigos —dijo la joven.

— De acuerdo.

Beatriz cortó la comunicación y se volvió hacia los otros.

— Supongo que querrán acompañarme — dijo sonriendo.

Kilbour hizo un gesto afirmativo.

— Estoy olfateando otra pelea y no me la perdería por nada del mundo —contestó.

CAPÍTULO XIII

El grupo se detuvo ante una residencia situada en plena campiña, en un ameno paisaje, sumamente grato a la vista. El edificio era de construcción neoclásica, con toques de audaz modernismo, que le conferían un aspecto muy vistoso.

— Aquí vive Uldon —dijo Beatriz.

— Se cuida bien el tío — cementó Kilbour en tono sarcástico—. Ya quisiera yo tener una casa la mitad de lujosa que ésa.

— Es el secretario ejecutivo del Consejo de Directores — recordó Beatriz.

— ¿Y todavía aspira a un cargo más importante? — se extrañó Sage.

— Después de lo que ha sucedido, ¿lo dudas aún? — dijo la joven.

— Sí, pero ¿cómo espera conseguirlo?

— No tardaremos en saberlo, Brad.

Aguardaron, unos minutos. Pronto vieron llegar un aeromóvil de color rojo, con unas líneas plateadas a lo largo del fuselaje, del que se apeó un hombre de mediana edad.

— Señor... — saludó Beatriz. Hizo las presentaciones de sus amigos y a éstos les dijo —: Es el honorable Krean Barlhart, Director Supremo.

— Ha venido solo y sin escolta — se asombró Sage.

— Es un asunto prácticamente privado —contestó Barlhart—. Cuando gusten.

Avanzaron hacia la casa a través de una avenida, sombreada de frondosos árboles. Alguien se asomó a una ventana y los vio venir.

Sage divisó también la cara del individuo.

— ¡Cuidado, nos han visto! — advirtió.

La puerta de la mansión se abrió casi en seguida. Un hombre apareció en el umbral.

— Señor, es para mí un honor recibirle en mi humilde casa — saludó Gtear Valdoo, Director de Asuntos Temporales.

Reconoció a Beatriz y una chispa de cólera apareció en sus ojos, pero supo contenerse.

— No dudo que mi visita signifique un honor para usted —dijo Barlhart —. Dudo mucho, sin embargo, que represente lo mismo para mí.

Dos manchas rojas aparecieron en las pálidas mejillas de Valdoo.

— Señor...

— Vamos adentro — cortó secamente el Director Supremo.

Valdoo se resignó, y condujo a sus visitantes a una vasta sala

amueblada con exquisito gusto.

— Me agradaría poderles invitar a lo qué gusten — dijo.

— Olvide los formulismos, Valdoo — contestó Barlhart—. He venido aquí para arrestarle por conspiración contra mi persona y atentado a la salud universal.

— No entiendo —dijo Valdoo.

Barlhart hizo un gesto con la mano.

— Hable, Beatriz —invitó.

— Se le acusa de haber realizado acciones tendentes a conseguir que el Director Supremo contraiga la enfermedad de la petrificación —dijo la muchacha.

Valdoo rió forzadamente.

— ¿Yo? Vamos, señorita, usted está...

— No estoy loca — contestó ella con firmeza —. Los archivos de los viajes temporales efectuados por usted en persona y por sus esbirros, probarán de forma fehaciente mi afirmación. De modo deliberado, ha alterado las líneas temporales de la vida del Director Supremo, con objeto de influir en sus antepasados y lograr variar su herencia genética. Repito: esos viajes están registrados en los archivos y probarán mis afirmaciones.

Valdoo se puso lívido.

— Pero no lo han conseguido —dijo Barlhart—. ¿Por qué?

— Todavía no hemos conseguido una clara explicación, pero es así —dijo Beatriz—. No obstante, el hecho está suficientemente probado. Además, le acuso de tentativa de asesinato en mi persona y en la de mi ayudante, el ingeniero Sage.

— Yo —declaró el aludido.

Valdoo dio un paso atrás.

— ¿Por qué quería ocupar el puesto de Director Supremo? —preguntó Sage.

— ¿Sólo por mera ambición de gobierno? — murmuró Kilbour.

— No — contestó Beatriz —, no es sólo mera ambición de gobierno, aunque no debemos excluir este motivo. Ahora es solo Director de Asuntos Temporales, pero su cargo está sujeto a limitaciones. Si alcanzase el puesto de Director Supremo, podría hacer lo que quisiera con las máquinas del tiempo... por ejemplo, trasladarse al futuro para prolongar su vida indefinidamente, ¿no es cierto?

Valdoo guardó silencio. Sage preguntó:

— ¿Es cierto eso, Beatriz?

— Rigurosamente cierto — confirmó la muchacha —. Viajando en el futuro, eludiría siempre su fin. Cuando le llegase la hora de morir, no estaría en el tiempo y en el espacio que debía ocupar en ese momento. Sencillo, ¿no?

— Y nadie puede quebrantar esa Ley, ni yo mismo — dijo Barlhart—. Las máquinas del tiempo sólo pueden utilizarse para fines científicos, no para el provecho personal. Ocupando mi puesto, todo control sobre esas máquinas desaparecería para él.

— Bien —exclamó Sage—, ahora ya sabemos todo lo referente a este traidor. ¿Cuál es el castigo que se le debe imponer?

Barlhart fijó los ojos en Valdoo.

— Él lo sabe de sobra — contestó.

Sage pensó en la desolada playa que había visto en el siglo DXXVIII y se estremeció.

— No dejaré que me envíen al año cincuenta y dos mil —dijo Valdoo de súbito, a la vez que sacaba un proyector—. Ya que no he podido acabar con usted por medios científicos, acabaré de otra forma mucho más rápida.

* * *

El proyector apuntó al pecho del Director Supremo. Barlhart no se inmutó.

— ¡Suelte el arma, Valdoo! — ordenó.

— ¡Adiós, canalla! —bramó Valdoo.

Una ráfaga de luz intolerable brotó del tubo. La línea blanca se curvó sobre sí misma y, como si rebotase, volvió hacia el que la había lanzado.

Valdoo lanzó un débil grito, se retorció sobre sí mismo y cayó al suelo, muerto.

Una puerta se abrió en aquel momento.

— ¡Quietos todos! — gritó Uldon.

Gránor apareció tras él. Los dos iban armados con sendos proyectores.

Kilbour lanzó un salvaje alarido, que sobresaltó a los dos individuos. Luego arrojó una silla con todas sus fuerzas.

Uldon se desplomó con los pies por alto. Instintivamente, apretó el botón de disparo.

Gránor recibió la descarga de lleno en un costado y, tras lanzar un chillido, cayó al suelo. Sin abandonar su actitud bélica, Kilbour se arrojó sobre Uldon y lo molió a golpes.

Momentos después, Uldon era una masa gimiente, que suplicaba misericordia, mientras Kilbour, a horcajadas sobre él, le golpeaba implacablemente. Sage sonrió mientras se acercaba al belicoso científico y lo sujetaba por un brazo.

— Basta, doctor; ya se ha rendido —dijo.

Kilbour volvió la cabeza y le guiñó un ojo.

— Sigo sin encontrar una buena pelea — se lamentó.

Tras incorporarse, se inclinó de nuevo, agarró a Uldon por la pechera

de su blusa y lo hizo levantarse a viva fuerza.

— ¿Qué hacemos con este pajarraco, señor? —se dirigió al Director Supremo.

— La sentencia ya está pronunciada — contestó Barlhart fríamente.

Sage sintió frío al oír aquellas palabras. De nuevo pensó en la desolación del siglo DXXVIII.

Beatriz se encaró con Barlhart.

— Ha salvado la vida por milagro —dijo—. ¿Cómo lo ha hecho?

Barlhart sonrió.

— No hay milagro alguno en llevar un escudo reflector contra las descargas de energía radiante —contestó.

* * *

El doctor Kilbour parecía fascinado por la máquina que le revelaba hechos, datos y cifras con una precisión increíble.

— De modo que con este artefacto se puede seguir el rastro de una persona...

— Casi hasta la época de la primera pareja humana, doctor —dijo Beatriz sonriendo.

— Muy interesante —aprobó Kilbour—. Pero lo será más cuando hayamos llegado a la persona que sufrió la mutación hace unos trescientos o cuatrocientos años.

— Bien, el archivo es suyo, doctor. Yo le dejo ahora; tengo que ir a despedir a un amigo.

— Brad Sage, ¿eh?

— Sí — confirmó Beatriz con un leve tinte de melancolía en la voz.

— Un buen chico. Lástima que no sea de su siglo, doctora.

— Harían una magnífica pareja, Beatriz —terció Lyla.

— Pero eso no puede ser — contestó la muchacha.

— ¡Tonterías! ¡Si yo estuviese en el sitio de él, a buena hora iba a consentir que me devolviesen a mi siglo! —refunfuñó el doctor.

— Podrían producirse alteraciones temporales...

— ¿Qué alteraciones?

— Pues... variaciones en la historia...

Kilbour soltó una estentórea carcajada.

— ¡Variaciones en la historia! —repitió en tono desdeñoso—. Todo el mundo dice que, por ejemplo, si Napoleón hubiese ganado en Waterloo, la historia del mundo sería otra, como igualmente si Colón hubiese naufragado antes de llegar a América o si Julio César no hubiera sido asesinado... ¡Pamplinas! El mundo hubiera seguido su curso de un modo

normal y tarde o temprano se habrían descubierto la pólvora y la electricidad, se hubiese inventado la locomotora de vapor y el motor de explosión y la fisión del átomo... Quizá hubieran tardado más en realizarse todas estas cosas; quizá menos; acaso hubiese habido un par de guerras más o un par de guerras menos, pero, en conjunto, créame, la historia de la humanidad habría variado muy poco. Usted ya sabe cómo Valdoo trataba de influir en esta época para conseguir el puesto de Director Supremo.

Beatriz asintió. Kilbour continuó:

— Valdoo pretendía descubrir la enfermedad de la fosilización antes de que se declarase. Entonces, hubiera llevado a cien años al pasado a uno de los afectados, haciéndole casarse con un antepasado femenino de Barlhart. Esto hubiera influido en la línea temporal del Director Supremo, pero no en la del mundo en general. ¿O es que hoy día no tendría que haber un Director Supremo?

— Usted encuentra respuesta para todo, doctor — sonrió la muchacha.

— Por supuesto que sí. Sería muy distinto, por ejemplo, que Valdoo se hubiese trasladado al pasado y asesinado al padre de usted antes de casarse con su madre. Entonces usted no habría nacido, pero, ¿dígame, esto habría alterado sustancialmente la historia de la humanidad?

— Muy poco, es cierto — convino Beatriz.

— Tal vez usted haga algún día un descubrimiento sensacional de tales o cuales características, pero ¿es que, aun no habiendo existido los sabios que descubrieron o inventaron tantas cosas, no dispondríamos ahora de los actuales adelantos? Lo que un hombre no descubre o inventa, otro lo consigue, a la corta o a la larga, Beatriz, y ésta, téngalo bien en cuenta, es una ley inexorable e inmutable.

Beatriz asintió. Pero no podía sentirse muy alegre porque tenía que conducir a Sage a su época.

CAPÍTULO XIV

Brad Sage también se sentía triste. Se preguntaba una y otra vez por qué no era posible haberse quedado a vivir en el siglo XXVIII, junto a Beatriz. O por qué ella no se había quedado en el siglo XXIV.

Como fuera, la cosa ya no tenía remedio.

De nuevo se hallaban cada uno en la época respectiva. Sage suspiraba a veces, evocando las apasionantes aventuras que había corrido en compañía de Beatriz. Hubiera dado algo de nuevo por iniciar otra vez la historia.

Pero ya era tarde.

— Estoy condenado a vivir en mi siglo —se dijo, mientras terminaba de arreglarse para ir al trabajo.

De pronto, oyó el tañido del videófono.

Dio el contacto. La cara de su amigo Vic Láiz apareció en la pantalla.

— Hola, Vic — saludó Sage —. ¿Te ocurre algo? Si es así, dilo pronto; se me está haciendo tarde para ir a trabajar.

— Brad, soy buen amigo tuyo —manifestó Láiz—. Al menos, eso creo yo.

— Es una creencia que no tiene motivos de duda, Vic —contestó el joven, un tanto molesto por la observación de Láiz.

— Bien, en ese caso, dime, ¿qué diablos le has dado a Nydia?

— ¿A Nydia? — repitió Sage, atónito.

— Sí, hombre, no te hagas el desentendido. Yo creí que iba a casarme con ella, pero ahora me sale con que no me quiere. Dice que tú le resultas más simpático...

— ¡Pero si no la he visto desde... desde mi vuelta de vacaciones! —exclamó Sage, perplejo.

Láiz frunció el ceño.

— Si mal no recuerdo, te hice un favor cuando te advertí que aquel hindú era un embaucador —dijo de mal humor.

— Mira, Vic, a mí no me metas en líos. Eso son cosas de Nydia, y te insisto en que no la he visto desde hace semanas enteras. Arréglatelas con ella y no me compliquéis la vida a mí con vuestros problemas sentimentales. ¿Entendido? Y ahora, dispensa, pero ya no puedo entretenerme más.

Sage cortó la comunicación, a la vez que lanzaba un bufido de ira.

— Era lo único que me faltaba — gruñó, mientras se dirigía con paso rápido hacia la puerta.

* * *

Como ingeniero electrónico, Sage trabajaba en una importante empresa, en la que dirigía una de sus secciones. El trabajo no se interrumpía en las veinticuatro horas del día y, después de marcar la hora de entrada, fue al cuarto de control, donde debía relevar al ingeniero que controlaba el turno saliente.

— Todo en orden —dijo el otro—. Es decir casi todo.

— ¿Pasa algo, Heynes? — preguntó Sage.

Heynes señaló uno de los indicadores del tablero de control.

— Vigila bien — manifestó —. Sospecho que hay algo de sobrecarga en el acumulador del tercer sector.

— Bajaré un poco la tensión — sugirió el joven.

— Pudiera ser un remedio, pero yo ya he hecho una propuesta más concreta; desconexión y revisión general.

Sage hizo una mueca.

— Se paralizará el sector durante días enteros —dijo.

— Si el acumulador explota, lo que se paralizará será la fábrica entera. Insiste en su revisión al hacer tu parte — dijo Heynes. Y se despidió.

Sage comprobó los indicadores. Sí, efectivamente, el acumulador del tercer sector no marchaba demasiado bien.

Lo mejor sería, se dijo, efectuar una comprobación de rutina.

Presionó una tecla y tomó el micrófono.

— Barris —llamo al encargado del sector.

— Hola, señor Sage. ¿Sucede algo?

— Emita una consulta de comprobación de su acumulador e infórmeme del resultado cuanto antes.

— Bien, señor.

Sage volvió el micrófono a su sitio. Aguardó durante diez minutos, hasta que recibió la llamada de respuesta.

— Señor Sage, algo no anda bien en el generador.

— ¿Seguro?

— Seguro, señor; la indicación de tensión está peligrosamente cerca de la línea roja en la tarjeta de respuesta.

— Muy bien, Barris. No pierda de vista sus instrumentos. Si ve algo feo, desconecte en el acto.

— Se organizará un barullo mayúsculo...

— Peor sería que se produjese una explosión. Desapareceríamos todos, ¿comprende?

— Sí, señor.

Sage tocó otra tecla.

— Habla el ingeniero del puesto de control número dos —dijo—. Quiero hablar con el director de turno. Es urgente.

La comunicación se demoró algunos segundos. Al fin, Sage oyó una voz:

— ¿Sage? Soy Kepstein. ¿Qué ocurre?

— El generador del tercer sector de mi sección, señor. Ofrece indicios de inseguridad. Sugiero la desconexión para revisión.

— Sage, Heynes ya me ha dicho algo al respecto y tengo aquí su informe. Opino que se trata solamente de un aumento de tensión transitorio, pero nada importante.

— Insisto en mi petición, señor —dijo Sage—. No quiero que se produzca una catástrofe...

— Petición denegada —atajó Kepstein secamente—. La producción no se puede paralizar.

— ¡Al diablo con la producción! ¿No es más importante la vida de varios cientos de trabajadores? Si se produce una explosión, ¿quién le exigirá a usted cuentas por una producción que no haya podido realizarse, porque no quede nadie capaz de manejar las máquinas ni de dirigir la fábrica?

Kepstein se quedó cortado. De pronto, Sage advirtió el centelleo de una lámpara roja en su cuadro de mandos.

— ¡Ya está! — exclamó —. La tensión sube extremadamente en el generador.

Abandonó el micrófono y corrió a la cristalera desde la cual dominaba toda la nave.

— ¡Barris, desconecte! — aulló.

El encargado corrió hacia la palanca y la agarró con la mano, pero, en el mismo momento, brilló un chispazo y Barris fue despedido sin conocimiento.

Sage lanzó una maldición. Para no perder tiempo, se descolgó por la ventana desde la cual había gritado la orden, y corrió hacia el cuadro de control de la máquina.

Al llegar allí, se quedó aterrado.

Una delgada grieta se había abierto en el metal de las paredes y, a través de ella, se divisaba un lívido resplandor blancoazulado, de intensidad variable. Barris yacía en el suelo, inanimado, incapaz de hacer nada positivo.

El generador continuaba conectado. Sage se quitó la blusa y la camisa y luego, haciendo un bulto con ambas prendas, lo arrojó sobre la palanca y tiró de ella.

El resplandor se atenuó, aunque sin desaparecer del todo. Sage se inclinó, agarró al desvanecido encargado por debajo de los brazos y lo apartó de aquel lugar, mientras las sirenas de alarma atronaban el espacio.

Los equipos de socorro aparecieron velozmente. Sage los esperó en el

mismo sitio, con el ceño fruncido, muy preocupado por su porvenir.

Sólo habían sido unos pocos segundos, pero, en aquel breve espacio de tiempo, su cuerpo había estado sometido a intensas radiaciones nucleares. Se preguntó si conseguiría salvar el pellejo.

* * *

El doctor Mallory terminó su examen, se quitó de los oídos los extremos del estetoscopio y dio una palmadita a su paciente.

— Ya puede vestirse, Sage —indicó.

— ¿Qué me dice usted, doctor? —preguntó el joven con ansiedad.

— ¿Qué quiere que le diga? — rió el galeno —. Las noticias son magníficas. El tratamiento de descontaminación ha dado unos resultados altamente positivos.

Sage suspiró.

— ¿No habrá efectos secundarios más adelante?

Mallory hizo un gesto ambiguo.

— Si los hay, usted no los percibirá ni, probablemente, sus descendientes en trescientos años. Y durante este tiempo, habrá tantas mezclas, que cualquier secuela perniciosa que hubiera podido dejar, acabaría por desaparecer.

— Gracias, doctor —dijo Sage, muy aliviado.

Terminó de vestirse y abandonó la clínica.

Se detuvo, perplejo en la puerta.

Sí, ahora estaba sano. Y podía casarse, cuando encontrase pareja.

Pero ¿qué sucedería a sus descendientes dentro de trescientos años?

¿O de cuatrocientos, en el año dos mil setecientos y pico?

Regresó a su casa, sumamente preocupado. Se encontró con una sorpresa.

Nydia Graft le aguardaba con la mejor de sus sonrisas y un atavío deslumbrante.

— Hola, querido —saludó—. He comprendido mi error y...

Sage señaló la puerta de la casa.

— Vete, Nydia —dijo secamente.

La joven se mostró desconcertada.

— Pero, Brad... Creí que querías casarte conmigo.

— Ahora, ya no. Me lo he pensado mejor. Vete, te lo ruego.

— Has estado muchos días fuera. Quizá tienes una amiguita...

— He estado sometido a radiaciones nucleares. Imagínate lo que pasaría si me casara.

Nydia ya no dijo nada. Agarró su bolso y salió de estampida.

Sage agarró otra cosa muy distinta a un bolso.

Una botella.

* * *

El doctor Kilbour abrió la puerta, asomó la cabeza y arrugó la nariz.

— ¡Uf, qué peste de alcohol!

Beatriz y Lyla entraron a continuación. Beatriz lanzó un gritito al ver a Sage derrumbado sobre un diván.

Al lado había una botella medio vacía. Kilbour lanzó una risita sarcástica.

— ¡Qué manera de olvidar, Beatriz! —dijo.

Lyla sacudió a Sage por un hombro. No obtuvo respuesta.

— Para estas cosas, hay un remedio mejor —manifestó Kilbour.

Se fue al interior del piso y regresó con una gran jarra de agua, cuyo contenido vertió sobre la cara del durmiente.

Sage tosió, gritó y juró, pero acabó por despabilarse, aunque Kilbour necesitó emplear dos jarras más. El suelo quedó hecho un asco.

Al fin, Sage pudo reaccionar. Entonces miró con asombro a su visitante.

— ¿Qué hacen aquí? — preguntó.

Kilbour sonrió.

— Vamos, déle un buen abrazo a la doctora —invitó—, A ella no le importa que esté empapado de pies a cabeza.

Beatriz se ruborizó. Sage hizo caso omiso del consejo de Kilbour.

— ¿Por qué están aquí? — preguntó.

— ¿No lo ve? Le hemos traído a su pareja. Tiene que casarse con Beatriz.

— ¿Qué? Eso es imposible...

— Lo sabemos todo —dijo Kilbour, inflexible—. Sabemos que ha sufrido los efectos de una radiación nuclear. Hemos investigado cronológicamente su descendencia y hemos llegado hasta el momento del accidente en la fábrica.

Sage se quedó pasmado.

— De modo que yo soy...

— Sí —confirmó Kilbour—; de usted arranca el origen de la fosilización, pero las alteraciones moleculares no se producirán hasta dentro de cuatrocientos años.

— ¿Y aún así, pretenden que me case con Beatriz?

— Precisamente por eso mismo, Brad; porque, de este modo, los efectos de la alteración genética se reducirán muchísimo. Incluso acabarán eliminándose por sí mismo, en sucesivos cruces matrimoniales, posteriores al siglo XXVIII. Pero si no fuera así, la epidemia alcanzaría proporciones gigantescas, masivas.

— Puedo quedarme soltero — gruñó Sage.

Kilbour soltó una risita irónica.

— Quédese soltero y dentro de un mes o un año o dos o diez, tendrá una aventura amorosa o diez o cincuenta. Esa aventura, inevitablemente, acabará por tener consecuencias... y los genes de esa mujer no tendrán la potencia moderadora de los de Beatriz. ¿Lo comprende ahora?

El rostro de Sage se dulcificó.

— De modo que tengo que casarme con ella — dijo.

—Sí, querido —contestó Beatriz.

—Es la mejor forma de solucionar este asunto. Morirán algunos inevitablemente, pero también sucedía en el pasado, con algunas enfermedades que se consideraban incurables. De otro modo, la epidemia de fosilización mataría a la mitad de la humanidad en menos de un siglo.

— La elección no es dudosa, digo yo — sonrió Lyla.

— ¡Un momento! — exclamó Sage —. Beatriz, ¿tienes que quedarte en este siglo?

— Con mucho gusto y con los permisos necesarios — sonrió Kilbour —. Pero nosotros volvemos al siglo XXI, ¿verdad, preciosa? —dijo, pasando el brazo por el talle de la rubia.

— Ahora mismo —suspiró Lyla—. Estar en el futuro es muy bonito, pero yo prefiero vivir en mi época.

Sage y Beatriz se quedaron solos.

— ¿No les llevas en el tempomóvil? — se extrañó él.

— Kilbour sabe manejarlo perfectamente. Luego lo reexpediré yo al siglo XXVIII por control remoto —contestó Beatriz.

Sage la abrazó.

— Podemos casarnos ahora mismo —dijo.

— No hay inconveniente, querido — suspiró ella, ofreciéndole los labios.

— Y no viajaremos más a través de las edades.

— Te equivocas: viajaremos a través de "nuestra época", pero dejando pasar el tiempo en su dimensión normal, sin máquinas ni...

Beatriz calló. Sage prefería besarla otra vez.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.



RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.



HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.



ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION



CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.